

**Arzobispado de Toledo**  
*Secretariado de Relaciones interconfesionales*

## **EL MISTERIO DE ISRAEL**

*en el Magisterio y en la doctrina de la Iglesia Católica  
a partir del Vaticano II*

Toledo, Pascua 1998

Desearía ser yo mismo anatema, separado de Cristo, por mis hermanos, los de mi raza según la carne -los israelitas-, de los cuales es la adopción filial, la gloria, la alianza, el legislador, el culto, las promesas y los patriarcas; de los cuales también procede Cristo, según la carne, que está por encima de todo, Dios bendito por los siglos. Amén. (Rm 9, 3-5)

Dios no ha rechazado a su pueblo, en quien de antemano puso sus ojos (Rm 11,2)

Pues si tú fuiste cortado del olivo silvestre que eras por naturaleza, para ser injertado contra tu natural en un olivo cultivado ¡con cuánta más razón ellos, según su naturaleza, serán injertados en su propio olivo! (Rm 11,24)

Pues los dones y la vocación de Dios son irrevocables (Rm 11,29)

Pues Dios nos encerró a todos en la rebeldía para tener misericordia de todos (Rm 11,32)

¡Oh abismo de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios!

¡Cuán insondables son sus designios e inescrutables sus caminos! (Rm 11,33)

## SUMARIO

28 de octubre de 1965.....	5
CONCILIO VATICANO II, Declaración <i>Nostra aetate</i> , n. 4.	
1 de diciembre de 1974.....	7
COMISIÓN DE LA SANTA SEDE PARA LAS RELACIONES RELIGIOSAS CON EL JUDAÍSMO, <i>Orientaciones y sugerencias para la aplicación de la declaración Nostra aetate</i> , n.º4.	
24 de junio de 1985 .....	13
COMISIÓN DE LA SANTA SEDE PARA LAS RELACIONES RELIGIOSAS CON EL JUDAÍSMO, <i>Notas para una correcta presentación de judíos y judaísmo en la predicación y la catequesis de la Iglesia.</i> , en <i>L'Osservatore Romano</i> , edición en lengua española, 15 de septiembre de 1985, p. 18.	
13 de abril de 1986 .....	23
JUAN PABLO II, <i>Discurso a la comunidad judía en la sinagoga de Roma</i> , en <i>L'Osservatore Romano</i> , edición en lengua española, 20 de abril de 1986, p.12.	
31 de octubre de 1997.....	29
JUAN PABLO II, <i>Discurso a los participantes en el encuentro de estudio sobre «Raíces del antijudaísmo en ambiente cristiano»</i> , en <i>L'Osservatore Romano</i> , ed. lengua española, 7 de noviembre de 1997, p. 5.	
12 de marzo de 1998.....	33
JUAN PABLO II, <i>Mensaje del Papa al Cardenal Edward I. Cassidy</i> , en <i>L'Osservatore Romano</i> , edición en lengua española, 20 de marzo de 1998, p. 1.	
16 de marzo de 1998.....	34
COMISIÓN DE LA SANTA SEDE PARA LAS RELACIONES RELIGIOSAS CON EL JUDAÍSMO, <i>«Nosotros recordamos: Una reflexión sobre la Shoah»</i> , en <i>L'Osservatore Romano</i> , edición en lengua española, 20 de marzo de 1998, pp. 11-12	

### Apéndice:

P. VANZAN s.j., .....	41
<i>Judíos y judaísmo en el Catecismo de la Iglesia Católica</i> , en <i>La Civiltà Cattolica</i> (1993) IV 439-451.	



**CONCILIO VATICANO II,**  
**Declaración *Nostra aetate*, n. 4**  
(28 de octubre de 1965)

Al profundizar en el misterio de la Iglesia, este santo Sínodo recuerda el vínculo por el que el pueblo del Nuevo Testamento está espiritualmente unido a la stirpe de Abrahán.

Pues la Iglesia de Cristo reconoce que, conforme al misterio salvífico de Dios, los comienzos de su fe y de su elección se encuentran ya en los patriarcas, en Moisés y en los profetas. Confiesa que todos los fieles cristianos, hijos de Abrahán según la fe<sup>1</sup>, están incluidos en la vocación del mismo patriarca y que la salvación de la Iglesia está místicamente prefigurada en la salida del pueblo elegido de la tierra de la esclavitud. Por consiguiente, la Iglesia no puede olvidar que ha recibido la revelación del Antiguo Testamento por medio del pueblo con el que Dios, por su inefable misericordia, se dignó establecer la Antigua Alianza, ni que se nutre de la raíz del buen olivo en el que se han injertado las ramas del olivo silvestre que son los gentiles<sup>2</sup>. Cree, pues, la Iglesia que Cristo, nuestra paz, por la cruz reconcilió a judíos y gentiles y que de ambos hizo una sola cosa en Sí mismo<sup>3</sup>.

La Iglesia tiene siempre ante sus ojos las palabras del apóstol Pablo sobre sus hermanos de sangre, *a quienes pertenecen la adopción y la gloria, la alianza, la ley, el culto y las promesas, y también los patriarcas, y de quien procede Cristo según la carne* (Rom. 9,4-5), hijo de la Virgen María. Recuerda también que los Apóstoles, cimiento y columnas de la Iglesia, nacieron del pueblo judío, así como muchísimos de aquellos primeros discípulos que anunciaron al mundo el Evangelio

---

<sup>1</sup> cfr. Gal. 3,7

<sup>2</sup> cfr. Rom. 11,17-24

<sup>3</sup> cfr. Ef. 2,14-16

de Cristo.

Como afirma la Sagrada Escritura, Jerusalén no conoció el tiempo de su visita<sup>4</sup> y gran parte de los judíos no recibieron el Evangelio, e incluso no pocos se opusieron a su difusión<sup>5</sup>. No obstante, según el Apóstol, los judíos siguen siendo todavía muy amados de Dios a causa de sus padres, porque Dios no se arrepiente ni de sus dones ni de su vocación<sup>6</sup>. Juntamente con los profetas y el mismo Apóstol, la Iglesia espera el día, conocido sólo por Dios, en que todos los pueblos con una sola voz invocarán al Señor y *le servirán bajo un mismo yugo* (Sof. 3,9)<sup>7</sup>.

Por consiguiente, como el patrimonio espiritual común a los cristianos y a los judíos es tan grande, este sagrado Sínodo quiere fomentar y recomendar el mutuo conocimiento y estima que se obtiene, sobre todo, por medio de los estudios bíblicos y teológicos y en el diálogo fraterno.

Aunque las autoridades judías con sus seguidores reclamaron la muerte de Cristo<sup>8</sup>, lo que se perpetró en su pasión no puede ser imputado indistintamente a todos los judíos que vivían entonces ni a los judíos de hoy. Si bien la Iglesia es el nuevo Pueblo de Dios, no se ha de señalar a los judíos como reprobados por Dios y malditos, como si tal cosa se dedujera de la Sagrada Escritura. Por ello, procuren todos no enseñar, ni en la catequesis ni en la predicación de la palabra de Dios, nada que no esté conforme con la verdad evangélica y con el espíritu de Cristo.

Además, la Iglesia, que reprueba toda persecución contra cualquier hombre, recordando el patrimonio común con los judíos e impulsada no por razones políticas, sino por la religiosa caridad evangélica, deplora los odios, persecuciones y manifestaciones de antisemitismo de que han sido objeto los judíos de cualquier tiempo y por parte de cualquier persona.

Por lo demás, la Iglesia ha sostenido siempre y sostiene que, por los pecados de todos los

---

<sup>4</sup> cfr. Lc. 19,44

<sup>5</sup> cfr. Rom. 11,28

<sup>6</sup> cfr. Rom. 11,28-29, const. dogm. sobre la Iglesia, *Lumen gentium* 20

<sup>7</sup> cfr. Is. 66,23; Sal 65,4; Rom. 11,11-32

<sup>8</sup> cfr. Jn. 19,6

hombres, Cristo se entregó voluntariamente a la pasión y muerte, con un amor inmenso, para que todos consigan la salvación. Corresponde, pues, a la Iglesia en su predicación anunciar la cruz de Cristo como signo del amor universal de Dios y fuente de toda gracia.

*Comisión para las relaciones religiosas con el judaísmo*

**ORIENTACIONES Y SUGERENCIAS  
PARA LA APLICACIÓN DE LA DECLARACIÓN CONCILIAR  
*NOSTRA AETATE*, 4**

La Declaración *Nostra Aetate*, de fecha 28 de octubre de 1965, «sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas» (núm. 4), marca un hito importante en la historia de las relaciones entre judíos y católicos.

Por lo demás, la iniciativa conciliar está enmarcada en un contexto profundamente modificado por el recuerdo de las persecuciones y matanzas sufridas por los judíos en Europa inmediatamente antes y durante la Segunda Guerra Mundial.

A pesar de que el cristianismo haya nacido dentro del judaísmo y haya recibido de él algunos elementos esenciales de su fe y de su culto, la fractura se ha hecho cada vez más honda, hasta el punto de llegar casi a una mutua incompreensión.

Al cabo de dos milenios, caracterizados demasiado a menudo por la ignorancia mutua y frecuentes enfrentamientos, la Declaración *Nostra Aetate* brindaba la ocasión para entablar o proseguir un diálogo con miras a un mejor conocimiento recíproco. Durante los nueve años transcurridos a partir de la promulgación de la Declaración, se han emprendido numerosas iniciativas en distintos países. Estas han consentido desentrañar mejor las condiciones dentro de las cuales es posible elaborar y fomentar nuevas relaciones entre judíos y cristianos. Parece que ha llegado el momento de proponer, siguiendo las orientaciones del Concilio, algunas sugerencias concretas, basadas en la experiencia, con la esperanza de que sirvan para tratar de hacer realidad en la vida de la Iglesia los propósitos expuestos en el documento conciliar.

Partiendo de dicho Documento, aquí hay que recordar solamente que los vínculos espirituales y las relaciones históricas que unen a la Iglesia con el judaísmo condenan como contrarias al espíritu mismo del cristianismo todas las formas de antisemitismo y discriminación, cosa que de por sí la dignidad de la persona humana basta para condenar. Con mayor razón estos vínculos y relaciones imponen el deber de una mejor comprensión recíproca y de una renovada estima mutua. De manera positiva, es importante, pues, concretamente, que los cristianos procuren entender mejor los elementos fundamentales de la tradición religiosa hebrea y que capten los rasgos esenciales con que los judíos se definen a sí mismos a la luz de su actual realidad religiosa.

De acuerdo con estas consideraciones de principio, proponemos sencillamente algunas primeras aplicaciones prácticas en varios sectores esenciales de la vida de la Iglesia, con miras a iniciar o fomentar de manera sana las relaciones entre los católicos y sus hermanos judíos.

## DIÁLOGO

En realidad, hay que reconocer que las relaciones entre judíos y cristianos, cuando las ha habido, no han superado generalmente el monólogo; lo importante ahora es entablar un verdadero diálogo entre judíos y cristianos, para conocer más a fondo las riquezas de la propia tradición. Condición para el diálogo es respetar al interlocutor tal como es y, sobre todo, respetar su fe y sus convicciones religiosas.

En virtud de su misión divina, la Iglesia tiene, por su naturaleza, el deber de proclamar a Jesucristo en el mundo (*Ad Gentes 2*). Para evitar que este testimonio de Jesucristo pueda parecer a los judíos una agresión, los católicos procurarán vivir y proclamar su fe respetando escrupulosamente la libertad religiosa tal como la ha enseñado el Concilio Vaticano II (Declaración *Dignitatis Humanae*). Deberán esforzarse, asimismo, por comprender las dificultades que el alma hebrea experimenta ante el misterio del Verbo Encarnado, dada la noción tan alta y pura que ella tiene de la trascendencia divina.

Si bien es verdad que en este terreno reina todavía un clima de recelo bastante extendido, motivado por un pasado deplorable, los cristianos, por su lado, han de saber reconocer su parte de responsabilidad y sacar las consecuencias prácticas para el futuro.

Además de las reuniones fratemas, se estimulará también el encuentro de especialistas, con miras a estudiar los múltiples problemas relacionados con las convicciones fundamentales del judaísmo y del cristianismo. Gran apertura de espíritu, prevención contra los propios prejuicios, y tacto: tales son las cualidades indispensables para no herir, ni siquiera involuntariamente, a los interlocutores.

Si las circunstancias lo permiten, y es deseable por ambas partes, podrá facilitarse un encuentro común ante Dios, en la oración y la meditación silenciosa, ya que éste es muy eficaz para obtener la humildad y la apertura de espíritu y de corazón, tan necesarias para el conocimiento profundo de sí mismo y de los demás. Las grandes causas, como son las de la justicia y de la paz, podrán ofrecer la ocasión para dar vida a tales encuentros.

## II LITURGIA

Deberán recordarse los vínculos existentes entre la liturgia cristiana y la liturgia judía. La comunidad de vida al servicio de Dios y de la Humanidad por amor a Dios, tal como se realiza en la liturgia, es una característica tanto de la liturgia judía como de la cristiana. Para las relaciones judeo-cristianas, es necesario conocer los elementos comunes de la liturgia (fórmulas, fiestas, ritos, etc.), en los que la Biblia ocupa un lugar esencial.

Deberá hacerse un esfuerzo por comprender mejor lo que, en el Antiguo Testamento, conserva su valor propio y perenne (cfr. *Dei Verbum* 14-15); porque este valor no ha sido anulado por la interpretación posterior del Nuevo Testamento, que, al contrario, le da su significado pleno,

recibiendo a su vez luz y explicación (cfr. *Ibid.*, 16). La importancia de esto es tanto mayor en cuanto que la reforma litúrgica pone a los cristianos cada vez más en contacto con los textos del Antiguo Testamento.

Al comentar los textos bíblicos, sin minimizar los elementos originales del cristianismo, se pondrá de relieve la continuidad de nuestra fe con relación a la de la antigua Alianza, a la luz de las promesas. Nosotros creemos que éstas se han cumplido con la primera venida de Cristo, pero no es menos cierto que estamos esperando todavía su perfecto cumplimiento, que se realizará cuando El vuelva glorioso al final de los tiempos.

En cuanto a las lecturas litúrgicas, se deberá darles, en las homilías, una justa interpretación, sobre todo si se trata de pasajes que parecen ofrecer una imagen desfavorable del pueblo judío como tal. Habrá que esforzarse por instruir al pueblo cristiano de manera que llegue a comprender todos los textos en su justo sentido y en su verdadero significado para el creyente de hoy.

Las comisiones encargadas de las traducciones litúrgicas pondrán especial cuidado en la versión de las expresiones y los pasajes que puedan ser entendidos de manera tendenciosa por los cristianos no suficientemente informados. Es evidente que no pueden cambiarse los textos bíblicos, pero sí se puede, en las versiones destinadas al uso litúrgico, hacer explícito el significado del texto<sup>1</sup>, teniendo en cuenta los estudios de los exegetas.

Las observaciones anteriores hay que aplicarlas también a las introducciones de las lecturas bíblicas, a la *Oración de los fieles* y a los comentarios incluidos en los misales de los fieles.

### III ENSEÑANZA Y EDUCACION

Aunque todavía queda mucho trabajo por hacer, se ha llegado en los últimos años a una mejor comprensión del judaísmo y de su relación con el cristianismo, gracias a las enseñanzas de la Iglesia, a los estudios e investigaciones de los especialistas y también al diálogo iniciado. A este respecto, merecen recordarse los puntos siguientes:

- El mismo Dios, «inspirador y autor de los libros de ambos Testamentos» (*Dei Verbum*, 16), es quien habla en la nueva Alianza.

---

<sup>1</sup> Así, la fórmula «los judíos» en san Juan designa a veces, según los contextos, a los «jefes de los judíos» o a «los adversarios de Jesús», expresiones que formulan mejor el pensamiento del evangelista y evitan que dé la impresión de que se acusa al pueblo judío como tal. Otro ejemplo es el empleo de las palabras «fariseo» y «fariseísmo», que han adquirido un matiz prevalentemente peyorativo.

- El judaísmo del tiempo de Cristo y de los Apóstoles era una realidad compleja, que englobaba todo un mundo de tendencias, de valores espirituales, religiosos, sociales y culturales.

- El Antiguo Testamento y la tradición judía en él fundada no deben considerarse opuestos al Nuevo Testamento, como si constituyesen una religión solamente de justicia, de temor y legalismo, sin referencia al amor de Dios y del prójimo (cfr. Dt., 6, 5; Lv., 19, 18; Mt., 22, 34-40).

- Jesús, lo mismo que sus apóstoles y gran parte de sus primeros discípulos, nació del pueblo judío. El mismo, revelándose como Mesías e Hijo de Dios (cfr. Mt., 16, 16), portador de un mensaje nuevo, el del Evangelio, se presenta como el cumplimiento y la perfección de la Revelación anterior. Y aunque la enseñanza de Jesucristo tiene un carácter de profunda novedad, no por eso deja de apoyarse, repetidas veces, en la doctrina del Antiguo Testamento. El Nuevo Testamento está profundamente marcado todo él por su relación con el Antiguo. Como ha declarado el Concilio Vaticano II: «Dios, inspirador y autor de los libros de ambos Testamentos, lo hizo sabiamente, de modo que el Antiguo encubriera al Nuevo, y el Nuevo descubriera al Antiguo» (*Dei Verbum*, 16). Además, Jesús emplea métodos de enseñanza similares a los de los rabinos de su tiempo.

- En cuanto al proceso y muerte de Jesús, el Concilio ha recordado que «lo que se perpetró en la Pasión no puede ser imputado ni indistintamente a todos los judíos que vivían entonces, ni a los judíos de hoy» (*Nostra Aetate*, 4).

- La historia del judaísmo no termina con la destrucción de Jerusalén, sino que ha seguido adelante desarrollando una tradición religiosa, cuyo alcance, si bien asumiendo, a nuestro parecer, un significado profundamente diferente después de Cristo, sigue no obstante siendo rico en valores religiosos.

- Junto con los profetas y el apóstol Pablo, «la Iglesia espera el día, que sólo Dios conoce, en que todos los pueblos invocarán al Señor con una sola voz y lo «servirán como un solo hombre» [Sof., 3, 9] (*Nostra Aetate*, 4).

La información acerca de estas cuestiones debe ser impartida a todos los niveles de enseñanza y educación del cristiano. Entre los medios de información, revisten particular importancia los siguientes:

- Manuales de catequesis.
- Libros de historia.
- Medios de comunicación social (prensa, radio, cine, TV).

El empleo eficaz de estos medios presupone una específica formación, de los profesores y de los educadores, en las escuelas, así como en los seminarios y en las universidades.

Se fomentará la investigación por parte de los especialistas acerca de los problemas que atañen al hebraísmo y las relaciones judeo-cristianas, especialmente en el ámbito de la exégesis, de la teología, de la historia y de la sociología. Los institutos católicos superiores de investigación, a ser posible en colaboración con otras instituciones cristianas análogas, así como los especialistas, están invitados a contribuir a la solución de tales problemas. Donde sea posible, se crearán cátedras de estudios judíos, y se estimulará la colaboración con expertos judíos.

#### IV ACCIÓN SOCIAL Y COMÚN

La tradición judía y cristiana, fundada en la palabra de Dios, es consciente del valor de la persona humana, imagen de Dios. El amor al mismo Dios debe traducirse en una acción efectiva en favor de los hombres. De acuerdo con el espíritu de los profetas, judíos y cristianos colaborarán gustosos para la consecución de la justicia social y de la paz, a nivel local, nacional e internacional.

Esta acción común puede fomentar al mismo tiempo un mayor conocimiento y estima recíproca

## CONCLUSIÓN

El Concilio Vaticano ha indicado el camino que hay que seguir para promover una profunda fraternidad entre judíos y cristianos. Pero queda todavía por recorrer mucho camino.

El problema de las relaciones entre judíos y cristianos interesa a la Iglesia como tal, pues es «escrutando su propio misterio» como ella se plantea el misterio de Israel. Un problema que sigue teniendo toda su importancia, aun en las regiones donde no hay ninguna comunidad hebrea. Este problema tiene asimismo un aspecto ecuménico: el retomo de los cristianos a las fuentes y a los orígenes de su fe, injertada en la Antigua Alianza, contribuye a la búsqueda de la unidad en Cristo, piedra angular.

En este sentido, los obispos sabrán adoptar las medidas pastorales oportunas, dentro del marco de la disciplina general de la Iglesia y de la doctrina comúnmente profesada por su magisterio. Crearán, por ejemplo, a nivel nacional y regional, comisiones o secretariados apropiados, o nombrarán a una persona competente encargada de promover la aplicación de las directrices conciliares y de las sugerencias aquí propuestas.

En el plano de la Iglesia universal, el Santo Padre ha instituido, con fecha 22 de octubre de 1974, aneja al Secretariado para la Unión de los Cristianos, una *Comisión especial para las relaciones religiosas con el judaísmo*. Creada con miras a promover y estimular las relaciones religiosas entre judíos y católicos, en colaboración eventual con otros cristianos, esta comisión especial, dentro de los límites de su competencia, está a disposición de todos los organismos interesados, para informarlos y ayudarlos a realizar su cometido en conformidad con las directrices de la Santa Sede; ésta desea incrementar dicha colaboración para poner en práctica de manera efectiva y justa las orientaciones del Concilio.

Dado en Roma, el día 1 de diciembre de 1974.

Juan, cardenal **WILLEBRANDS**, presidente de la Comisión

P. Pierre-Marie de **CONTENSON**, O. P., secretario.



**NOTAS  
PARA UNA CORRECTA PRESENTACIÓN DE JUDÍOS Y JUDAÍSMO  
EN LA PREDICACIÓN Y EN LA CATEQUESIS DE LA IGLESIA**

**Consideraciones preliminares**

El día 6 de marzo del año 1982, el Papa Juan Pablo II dirigía las siguientes palabras a los delegados de las Conferencias Episcopales y a los demás expertos reunidos en Roma para estudiar las relaciones entre Iglesia y hebraísmo: «... os habéis preocupado, durante vuestra sesión, de la enseñanza católica de la catequesis en relación con los judíos y con el judaísmo. Sería necesario actuar de forma que esta enseñanza, a los diversos niveles de formación religiosa, en la catequesis impartida a los niños y a los adolescentes, presente a los judíos y al hebraísmo no solamente de forma honesta y objetiva, sin prejuicio alguno y sin ofender a nadie, sino más todavía con una viva conciencia del patrimonio común a los judíos y a los cristianos».

En este texto, de contenido tan denso, el Santo Padre se inspiraba claramente en la declaración conciliar *Nostra Aetate* (n. 4), en la que se afirma: «Por ello, procuren todos no enseñar nada que no esté conforme con la verdad evangélica», y también: «Por consiguiente, como el patrimonio espiritual común a los cristianos y a los judíos es tan grande, este sagrado Sínodo quiere fomentar y recomendar el mutuo conocimiento y estima...».

De la misma manera, las *Orientaciones y sugerencias para la aplicación de la declaración conciliar Nostra Aetate* (n. 4), concluyen con la siguiente recomendación su capítulo III, titulado «Enseñanza y educación», donde se enumera una serie de datos concretos para poner en práctica: «La información sobre acerca de estas cuestiones debe ser impartida a todos los niveles de enseñanza y de educación del cristiano. Entre los medios de información, revisten particular importancia los siguientes: manuales de catequesis, libros de historia y medios de comunicación social (prensa, radio, cine, televisión)». El uso eficaz de tales medios presupone una formación específica de los enseñantes y de los educadores en las escuelas, así como también en los seminarios y universidades (AAS 77, 1975, p. 73).

Los párrafos que siguen pretenden servir justamente para este fin.

**I. Enseñanza religiosa y judaísmo**

1. En la declaración *Nostra Aetate* (n. 4), el Concilio habla del «vínculo que une espiritualmente» a cristianos y judíos, del «gran patrimonio espiritual común», a los unos y a los otros y afirma también que la Iglesia «reconoce que, conforme al misterio salvífico de Dios, los comienzos de su fe y de su elección se encuentran ya en los patriarcas, en Moisés y en los profetas».

2. Teniendo en cuenta estas relaciones únicas, existentes entre el cristianismo y el judaísmo, «unidos a nivel mismo de su identidad» (Juan Pablo II, 6 marzo 1982), relaciones «fundadas en el designio del Dios de la Alianza» (ibid), los judíos y el judaísmo no deberán ocupar en la catequesis y en la predicación un puesto ocasional o marginal, sino que su indispensable presencia debe estar orgánicamente integrada en las mismas.

3. Este interés por el judaísmo en la enseñanza católica no tiene sólo un fundamento histórico o arqueológico. El Santo Padre, en el discurso anteriormente citado y después de haber mencionado de nuevo el «patrimonio común» entre Iglesia y judaísmo, patrimonio «considerable», afirmaba que, «hacer su inventario en sí mismo, teniendo también en cuenta, sin embargo, la fé y la vida religiosa del pueblo judío, tal como son profesadas y vividas incluso ahora, puede ayudar a comprender mejor algunos aspectos de la vida de la Iglesia».

Se trata, pues, de una preocupación pastoral por una realidad siempre viva, en estrecha relación con la Iglesia. El Santo Padre ha presentado esta realidad permanente del pueblo judío con una fórmula teológica particularmente afortunada, en la alocución pronunciada ante los representantes de la comunidad judía de Alemania Federal (Maguncia, 17 noviembre 1980): «...el pueblo judío de la Antigua Alianza, que jamás ha sido revocada...».

4. Desde este momento se debe recordar el texto en el cual las *Orientaciones y sugerencias* (n. 1) han tratado de definir la condición fundamental del diálogo: «El respeto del otro, tal como es», el conocimiento de las «componentes fundamentales de la tradición religiosa judía», y también el conocimiento de las «características esenciales con las que los mismos judíos se definen a la luz de la realidad religiosa, tal como ellos la viven» (Intr.).

5. La singularidad y la dificultad de la enseñanza cristiana concerniente a los judíos y al judaísmo proviene del hecho de que en tal enseñanza es necesario utilizar al mismo tiempo y acompañándole también diversos términos en los que se expresa la relación entre las dos economías, del Antiguo y del Nuevo Testamento: Promesa y cumplimiento, continuidad y novedad, singularidad y universalidad, unicidad y ejemplaridad.

Esto significa para el teólogo o el catequista, que aborda estos temas, la preocupación de demostrar, en la enseñanza práctica que:

- La promesa y el cumplimiento se clarifican recíprocamente.
- La novedad consiste en una metamorfosis de lo que era anteriormente.
- La singularidad del pueblo del Antiguo Testamento no es exclusiva, sino abierta, en la visión divina, a una dilatación universal.
- La unicidad del pueblo hebreo lo es con miras a una ejemplaridad.

6. Finalmente, «en este campo, la imprecisión y la mediocridad perjudicaría extraordinariamente» al diálogo judeo-cristiano (Juan Pablo II, discurso del 6 de marzo de 1982). Pero -tratándose de enseñanza y de educación- dañarían sobre todo a la «propia identidad» cristiana (ibid).

7. «En virtud de su misión divina, la Iglesia», que es «auxilio general de salvación» y que es la única en la que se encuentra «la plenitud total de los medios de salvación», (*Unitatis redintegratio*,

n. 3), «por su misma naturaleza debe anunciar a Jesucristo al mundo» (*Orientaciones y sugerencias*, n. 1). Creemos, en efecto, que vamos al Padre por medio de Jesucristo (cfr. Jn. 14,6) y que «ésta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a Aquel que has enviado, Jesucristo» (Jn. 17,3).

Jesús afirma (Jn. 10,16) que habrá «un solo rebaño y un solo Pastor». Iglesia y judaísmo no pueden ser presentados, pues, como dos caminos paralelos de salvación, y la Iglesia debe dar testimonio de Cristo Redentor ante todos «dentro del más riguroso respeto de la libertad religiosa, tal como ésta es enseñada por el Concilio Vaticano II» (*Orientaciones y sugerencias*, n. 1).

8. La urgencia y la importancia de impartir una enseñanza a nuestros fieles sobre el judaísmo, y que sea concreta, objetiva y rigurosamente exacta, se justifica también por la amenaza de un antisemitismo siempre dispuesto a reaparecer bajo diversas formas. No se trata solamente de erradicar de la inteligencia de nuestros fieles los restos del antisemitismo que se encuentran aquí y allí, sino incluso de suscitar entre ellos, por medio de este esfuerzo educativo, un conocimiento exacto del «vínculo» (cfr. *Nostra Aetate*, n. 4) singular que, en cuanto Iglesia, nos une a los judíos y al judaísmo, y de esa forma enseñar a apreciarlos y a amarlos, dado que han sido elegidos por Dios para preparar la venida de Cristo y han conservado todo lo que ha sido progresivamente revelado y transmitido a lo largo de dicha preparación, a pesar de su dificultad para reconocer en El a su Mesías.

## II. Relaciones entre Antiguo y Nuevo Testamento

1. Se trata de presentar la unidad de la revelación -Antiguo y Nuevo Testamento<sup>1</sup>- y del plan divino, antes de abordar cada uno de los acontecimientos históricos, para subrayar que todo acontecimiento tiene sentido sólo si es considerado en la totalidad de esta historia, desde la creación a su realización. Dicha unidad afecta a todo el género humano y en particular a los creyentes. De esta forma, el sentido definitivo de la elección de Israel aparece solamente bajo la luz del cumplimiento total (Rom. 9,11) y la elección de Jesús se comprende todavía mejor en relación con el anuncio de la promesa (cfr. Hebr. 4, 1-11).

2. Se trata de acontecimientos singulares que afectan a una sola nación que en la visión de Dios, que revela sus propósitos, están destinados a asumir un significado universal y ejemplar.

Se trata, además, de presentar los acontecimientos del Antiguo Testamento no como acontecimientos que afectan solamente a los judíos, sino también a nosotros personalmente. Abraham es verdaderamente el padre de nuestra fe (cfr. Rom. 4, 11-12) (canon romano: *Patriarchae nostri Abrahae*). Y se ha dicho (1 Cor. 10-1): «Nuestros padres estuvieron todos bajo la nube, todos

---

<sup>1</sup> Se continúa utilizando en el texto la expresión Antiguo Testamento porque ya es tradicional (cfr. 2Cor. 3,14), pero también porque «Antiguo» no significa ni «decaído» ni «superado». Lo que se quiere resaltar, por tanto, es su valor permanente, como manantial de la revelación (cfr. *Dei Verbum* 3)

atravesaron el mar». Los patriarcas, los profetas y otras figuras del Antiguo Testamento han sido y serán siempre venerados como Santos en la tradición litúrgica tanto de la Iglesia oriental como de la Iglesia latina.

3. De la unidad del plan divino deriva el problema de la relación entre Antiguo y Nuevo Testamento. La Iglesia, desde los tiempos apostólicos (cfr. 1Cor.10,11; Hebr. 10,1) y después ininterrumpidamente en su tradición, ha resuelto este problema, sobre todo, a través de la tipología que pone de relieve el valor fundamental del Antiguo Testamento en la visión cristiana. Pero la tipología suscita en muchos un sentimiento de malestar que es acaso la señal de un problema no resuelto.

4. Por tanto, en el uso de la tipología, cuya enseñanza y cuya práctica nos llegan desde la Liturgia y desde los Padres de la Iglesia, es necesario evitar todo tránsito entre Antiguo y Nuevo Testamento que sea considerado exclusivamente como una ruptura. La Iglesia, con la espontaneidad del Espíritu que la anima, ha condenado vigorosamente la actitud de Marción<sup>2</sup> y se ha opuesto siempre a su dualismo.

5. Es importante también poner de relieve que la interpretación tipológica consiste en leer el Antiguo Testamento como presentación y, bajo ciertos aspectos, como la primera redacción y como anuncio del Nuevo (cfr. por ejemplo: Hebr. 5, 5-10, etc.). Cristo es ahora ya la referencia clave de las Escrituras: «Aquella roca era Cristo» (1Cor. 10,4).

6. Es, pues, verdad y está bien subrayarlo, que la Iglesia y los cristianos leen el Antiguo Testamento a la luz de la venida de Cristo muerto y resucitado y que, por esta razón existe una lectura cristiana del Antiguo Testamento que no coincide necesariamente con la lectura judía. Identidad cristiana e identidad judía deben ser, por tanto, cuidadosamente distintas en su respectiva lectura de la Biblia. Lo cual, sin embargo, nada resta al valor del Antiguo Testamento y no prohíbe que los cristianos puedan, a su vez, utilizar con discernimiento las tradiciones de lectura judía.

7. La lectura tipológica se limita a manifestar las inescrutables riquezas del Antiguo Testamento, su contenido inagotable, el misterio que lo domina y dicha lectura no debe permitir que se olvide que el Antiguo Testamento mantiene su valor de Revelación, que con frecuencia el Nuevo Testamento no hará más que reiterar (cfr. Mc. 12,29-31). Por otra parte, el mismo Nuevo Testamento exige también ser leído a la luz del Antiguo. La catequesis cristiana primitiva recurrirá constantemente a él (cfr. por ejemplo: 1Cor. 5, 6-8; 10,1-11).

8. La tipología significa, además, proyección hacia el cumplimiento del plan divino, cuando «Dios será todo en todos» (1Cor. 15,28). Este hecho vale también para la Iglesia que, ya realizada en Cristo, sin embargo espera su perfección definitiva como Cuerpo de Cristo. El hecho de que el

---

<sup>2</sup> Personaje de tendencia gnóstica del siglo II que rechazó el Antiguo Testamento y una parte del Nuevo, como si fueran obra de un dios malvado, de un demiurgo. La Iglesia reaccionó vigorosamente contra esta herejía (cfr. San Ireneo)

Cuerpo de Cristo continúe tendiendo hacia su estatura perfecta (cfr. Efes. 4, 12-13) no quita nada al valor de ser cristiano. De esta forma, la vocación de los Patriarcas y el éxodo de Egipto no pierden su importancia y su valor propio en el plan de Dios por el hecho de ser, al mismo tiempo, etapas intermedias (cfr. p.e. *Nostrae Aetate*, n.4).

9. El éxodo, por ejemplo, representa una experiencia de salvación y de liberación que no se concluye en sí misma. Además de su sentido propio, lleva en sí la capacidad de desarrollarse ulteriormente. La salvación y la liberación se han realizado ya en Cristo y se realizan gradualmente por medio de los sacramentos en la Iglesia. Se prepara así el cumplimiento del plan de Dios, que espera su consumación definitiva, con el retorno de Jesús como Mesías, retorno por el cual oramos todos los días. El Reino, por cuya venida pedimos igualmente todos los días, será finalmente instaurado. Y entonces, la salvación y la liberación habrán transformado en Cristo a los elegidos y a toda la creación (cfr. Rom. 8, 19-23).

10. Además, al subrayar la dimensión escatológica del cristianismo, se llegará a una mayor conciencia del hecho de que cuando el pueblo de Dios de la Antigua y de la Nueva Alianza considera el futuro, éste tiende -si bien partiendo desde dos puntos de vista distintos- hacia fines análogos: la venida o el retorno del Mesías. Y nos daremos cuenta con mayor claridad de que la persona del Mesías, sobre la cual el pueblo de Dios está dividido, constituye para este pueblo también un punto de convergencia (cfr. *Subsidia para el ecumenismo en la diócesis de Roma*, n. 140). Se puede decir, por tanto, que judíos y cristianos se encuentran en una experiencia semejante, fundada sobre la misma promesa hecha a Abrahám (cfr. Gen. 12, 1-3; Hebr. 6, 13-18).

11. Atentos al mismo Dios que ha hablado, inclinados ante la escucha de esta misma palabra, debemos dar testimonio de un mismo recuerdo y de una común esperanza en Aquel que es el Señor de la historia. Es asimismo necesario que asumamos nuestra responsabilidad de preparar el mundo para la venida del Mesías, trabajando juntos por la justicia social, por el respeto de los derechos de la persona humana y de las naciones, por la reconciliación social e internacional.

Nosotros, judíos y cristianos, estamos llamados a esto por el precepto del amor al prójimo, por una común esperanza del Reino de Dios, y por la gran herencia de los profetas. Transmitida ya en los primeros años de formación por medio de la catequesis, semejante concepción educará concretamente a los jóvenes cristianos a mantener relaciones de colaboración con los judíos, por encima del simple diálogo (cfr. *Orientaciones y sugerencias*, n. IV).

### **III. Raíces judías del cristianismo**

1. Jesús es judío, y lo es para siempre; su ministerio se ha limitado voluntariamente «a las ovejas perdidas en la casa de Israel» (Mat. 15,24). Jesús es plenamente un hombre de su tiempo y su ambiente judío palestino del siglo I, cuyas alegrías y esperanzas ha compartido. Esto pone de relieve, como nos ha sido revelado en la Biblia (cfr. Rom. 1, 3-4; Gal. 4,4-5), tanto la realidad de la Encarnación como el significado mismo de la historia de la salvación.

2. Las relaciones de Jesús con la ley bíblica y con sus interpretaciones más o menos tradicionales son indudablemente complejas y ha demostrado al respecto una gran libertad (cfr. las

«antitesis» del Sermón de la Montaña, en Mt. 5, 21-48, teniendo en cuenta las dificultades exegéticas; la actitud de Jesús ante la observancia rigurosa del sábado: Mc. 3, 1-6, etc.).

No existe duda alguna, sin embargo, de que El quiere someterse a la ley (cfr. Gal. 4,4), de que ha sido circuncidado y presentado en el templo como cualquier otro judío de su tiempo (cfr. Luc. 2,21. 22-24), y de que ha sido formado en la observancia de la ley. El ha recomendado el respeto de la ley (cfr. Mat. 8,4). El ritmo de su vida viene marcado, desde su infancia, por las peregrinaciones con motivo de las grandes fiestas (cfr. Lc. 2, 41-52; Jn 2,13; t,10, etc.). Se ha puesto de relieve frecuentemente la importancia, en el Evangelio de Juan, del ciclo de las fiestas judías (Cfr. 2,13; 5,1; 7,2; 10,37; 10,22; 12,1; 13,1; 18,28; 19,42, etc.).

3. Se debe notar también que Jesús enseña frecuentemente en las sinagogas (cfr. Mt. 4,23; 9,35; Lc. 4, 15-18; Jn 18,20, etc.), y en el templo (cfr. Jn 18,20, etc.), que él frecuentaba, como lo hacían sus discípulos, incluso después de la Resurrección (cfr. por ejemplo, Hech. 2,46; 3,1; 21,26; etc.). El ha querido insertar en el contexto del culto de la sinagoga el anuncio de su mesianidad (cfr. Lc. 4, 16-21). Pero, sobre todo, ha querido realizar el acto supremo de la entrega de sí en el marco de la liturgia doméstica de la Pascua, o al menos en el marco de la festividad pascual (cfr. Mc. 14,1; 12 y paralelos; Jn 18,28). Y esto permite comprender mejor el carácter de «memorial», de la Eucaristía.

4. De esta forma, el Hijo de Dios se ha encarnado en un pueblo y en una familia humana (cfr. Gal. 4,4; Rom. 9,5). Lo cual en nada disminuye, más bien al contrario, el hecho de que haya nacido para todos los hombres (en torno a su cuna se reúnen pastores judíos y magos paganos: Lc. 2, 8-20; Mat. 2, 1-12), y que haya muerto por todos (a los pies de la cruz, vuelven a encontrarse judíos, entre los cuales María y Juan: Jn 19, 25-27, y paganos como el centurión: Mc. 15,39 y paralelos.). El ha hecho de esta manera, en su carne, de dos pueblos un pueblo solo (cfr. Efes. 2, 14-17). Lo cual explica también la presencia, en Palestina y en otras partes, junto a la «Iglesia de los gentiles», de una «Iglesia de la circuncisión», de las que habla, por ejemplo, Eusebio (H.I., IV, 5).

5. Sus relaciones con los fariseos no fueron ni totalmente ni siempre polémicas, como lo evidencian numerosos ejemplos, entre los cuales podemos citar los siguientes:

- Son fariseos los que advierten a Jesús del peligro que corre (Lc. 13,31).
- Algunos fariseos fueron alabados, como el «escriba»: Mc. 12, 34.
- Jesús comió con los fariseos (Lc. 7,36; 14,1).

6. Jesús compartió con la mayoría de los judíos palestinos de aquel tiempo algunas doctrinas farisaicas: La resurrección de los cuerpos, las formas de piedad: limosna, oración, ayuno (cfr. Mt. 6 1-18) y la costumbre litúrgica de dirigirse a Dios como Padre; la prioridad del mandamiento del amor de Dios y del prójimo (cfr. Mc. 12, 28-34). Lo mismo se puede decir de Pablo (cfr., por ejemplo, Hechos 23,8), el cual ha considerado siempre como un título de honor su pertenencia al grupo farisaico (cfr. ibid. 23,6; 26,5; Fil. 3,5).

7. También Pablo, como por otra parte Jesús, adoptaron métodos de lectura y de interpretación de la Escritura y métodos de enseñanza a los discípulos que eran comunes a los fariseos de su tiempo. El que se encuentra, por ejemplo, en el empleo de las parábolas en el

ministerio de Jesús, o en el método seguido por Jesús y por Pablo, es decir, el de valerse de una cita bíblica para fundamentar una conclusión propia.

8. Se debe notar también que los fariseos no son mencionados en las narraciones de la pasión. Gamaliel (cfr. Hech., 5, 34-39) defiende a los Apóstoles en una reunión del Sanedrín. Una presentación sólo negativa de los fariseos corre el riesgo de ser inexacta e injusta (cfr. *Orientaciones y sugerencias*, nota 1: AAS 1 c., p. 76).

Si bien se encuentran en el Evangelio y en otras partes del Nuevo Testamento toda suerte de referencias desfavorables a ellos, dichas referencias deben ser interpretadas con el trasfondo de un movimiento complejo y diversificado. Las críticas hechas a diversos tipos de fariseos no faltan, por otra parte, en las fuentes rabínicas (cfr. «Talmud de Babilonia», Tratado Sotah 22 b, etc.).

El «fariseísmo», en el sentido peyorativo del término, puede cebarse en toda religión. Se puede subrayar también que la severidad demostrada por Jesús respecto a los fariseos procede del hecho de que El está más próximo a ellos que a otros grupos judíos contemporáneos con El (cfr. supra n. 7).

9. Todo esto debe ayudar a comprender mejor la afirmación de San Pablo (Rom. 11,16 s) sobre «la raíz» y «las ramas». La Iglesia y el cristianismo, en toda su novedad, tienen origen en el ambiente judío del primer siglo de nuestra era, y, todavía más profundamente, en el «diseño de Dios». (*Nostra aetate*, n. 4) realizado en los Patriarcas, en Moisés y en los Profetas (ibid.), hasta su consumación en Jesucristo.

#### **IV. Los judíos en el Nuevo Testamento**

1. Las *Orientaciones y sugerencias* afirmaban ya (nota 1) que: «La fórmula «los judíos» en el Evangelio de San Juan designa, a veces, y según el contexto, «los jefes de los judíos» y los «adversarios de Jesús», expresiones éstas que manifiestan mejor el pensamiento del Evangelista y evitan que aparezca cuestionado el pueblo judío como tal»

Una presentación objetiva del papel del pueblo judío en el Nuevo Testamento debe tener en cuenta estos diversos datos concretos:

a) Los Evangelios son el fruto de un trabajo redaccional largo y complejo. La constitución dogmática *Dei verbum*, posterior a la instrucción *Sancta Mater Ecclesia* de la Pontificia Comisión Bíblica, distingue tres etapas: «Los autores sagrados compusieron los cuatro Evangelios, escogiendo datos de la tradición oral o escrita, reduciéndolos a síntesis, adaptándolos a la situación de las diversas Iglesias, conservando el estilo de la proclamación: así nos transmitieron siempre datos auténticos y genuinos acerca de Jesús» (n. 19).

No está, por tanto, excluído el que algunas referencias hostiles o poco favorables a los judíos tengan como contexto histórico los conflictos entre la Iglesia naciente y la comunidad judía. Algunas polémicas reflejan las condiciones de las relaciones entre judíos y cristianos que, cronológicamente, son muy posteriores a Jesús.

Esta comprobación sigue siendo fundamental si los cristianos quieren comprender el sentido de algunos textos de los Evangelios.

Es necesario tener en cuenta todo esto en la preparación de la catequesis y de las homilías para las últimas semanas de Cuaresma y para la Semana Santa (cfr. *Orientaciones y sugerencias*, 11, y ahora también: *Subsidia para el ecumenismo de la diócesis de Roma*, 1982, 144 b).

b) Está claro, por otra parte, que desde el comienzo de su ministerio, existieron conflictos entre Jesús y algunas categorías de judíos de su tiempo, entre ellos los fariseos (cfr. Mc. 2,1-11.24; 3,6 etc.).

c) Existe, además, el hecho doloroso de que la mayoría del pueblo judío y sus autoridades no creyeron en Jesús; un hecho que no es solamente histórico, sino que tiene también un alcance teológico, cuyo sentido se esfuerza por poner en evidencia San Pablo (Rom. 9-11).

d) Este hecho, que se ha ido acentuando con el desarrollo de la misión cristiana, sobre todo entre los paganos, condujo a una ruptura inevitable entre el judaísmo y la joven Iglesia, ya irreductiblemente separados y discrepantes al nivel mismo de la fe; esta situación se refleja en la redacción de los textos del Nuevo Testamento, en particular de los Evangelios. No se trata de minimizar o disimular tal ruptura, porque actuando de esta forma se dañaría a la identidad de los unos y de los otros. A pesar de todo, no se elimina aquel «vínculo» espiritual del que habla el Concilio (*Nostra aetate*) y del que este estudio quiere elaborar algunas dimensiones.

e) Reflexionando sobre este hecho, a la luz de la Escritura y en particular de los capítulos citados de la epístola a los Romanos, los cristianos jamás deben olvidar que la fe es un don gratuito de Dios (cfr. Rom. 9,12) y que la conciencia de los demás no debe ser juzgada. La exhortación de San Pablo a «no gloriarse» (Rom. 11,18) de la «raíz» (ibid.) adquiere en este contexto toda su importancia.

f) No se pueden situar en el mismo plano los judíos que conocieron a Jesús y no creyeron en Él, o que se opusieron a la predicación de los Apóstoles, y los judíos de las épocas posteriores o los judíos de nuestro tiempo. Si la responsabilidad de los primeros en su actitud respecto a Jesús sigue siendo un misterio de Dios (cfr. Rom. 11,25), los segundos se encuentran en una situación muy distinta.

El Concilio Vaticano II (Declaración *Dignitatis humanae* sobre la libertad religiosa) enseña que «todos los hombres deben estar libres de coacción..., de modo que en materia religiosa ni se obligue a nadie a actuar contra su conciencia, ni se le impida que actúe conforme a ella... dentro de los debidos límites» (n. 2). Esta es una de las bases sobre las que se apoya el diálogo judío-cristiano promovido por el Concilio.

2. La delicada cuestión de la responsabilidad de la muerte de Cristo debe ser contemplada bajo la óptica de la declaración conciliar (*Nostra aetate* n.4 y de las *Orientaciones y sugerencias* (n. III). «Lo que se perpetró durante su pasión no puede ser imputado indistintamente a todos los judíos que vivían entonces ni a los judíos de hoy», aunque «las autoridades judías con sus seguidores

reclamaron la muerte de Cristo». Y más adelante: «Cristo se entregó voluntariamente a la pasión y muerte, con un amor inmenso, para que todos consigan la salvación» (*Nostra aetate*, 4).

El catecismo del Concilio de Trento enseña, además, que los cristianos pecadores son más culpables de la muerte de Cristo que algunos judíos que tomaron parte en la misma. Estos últimos, en efecto, «no sabían lo que hacían» (Lc. 23,24), mientras que nosotros lo sabemos demasiado bien (parte I, capítulo V, cuestión XI). En la misma línea y por la misma razón, «los judíos no deben ser presentados como rechazados por Dios ni como malditos, como si esto se dedujera de la Sagrada Escritura» (*Nostra aetate*, n.4), aún cuando también es verdad que «la Iglesia es el nuevo pueblo de Dios» (ibid.).

## V. La liturgia

1. Judíos y cristianos hacen de la Biblia la esencia misma de su liturgia: en la proclamación de la palabra de Dios, la respuesta a esta palabra, la oración de alabanza y de intercesión por los vivos y por los difuntos, el recurso a la misericordia divina. La liturgia de la Palabra, en su estructura específica, tiene su origen en el judaísmo. La oración de las horas y otros textos y formularios litúrgicos se encuentran paralelamente también en el judaísmo y las fórmulas mismas de nuestras oraciones más sagradas, como por ejemplo el «Padrenuestro».

También las oraciones eucarísticas se inspiran en modelos de la tradición judía. Citamos a este propósito las palabras del Papa Juan Pablo II (discurso del 6 de mayo de 1982): «La fe y la vida del pueblo judío, tal como han sido profesadas y vividas todavía hoy (pueden) ayudar a comprender mejor algunos aspectos de la vida de la Iglesia. Es el caso de la liturgia ...».

Todo esto aflora, sobre todo, con motivo de las grandes festividades del año litúrgico, como la Pascua. Los cristianos y los judíos celebran la Pascua: Pascua de la historia, orientada hacia el futuro, para los judíos; Pascua realizada en la muerte y en la resurrección de Cristo, para los cristianos, si bien todavía en espera de la consumación definitiva (cfr. supra n. 9). Es también el «memorial», que nos llega de la tradición judía, con un contenido específico, distinto en cada caso. Existe, pues, por una y por otra parte, un dinamismo paralelo: Para los cristianos dicho dinamismo confiere sentido a la celebración eucarística (cfr. antifona *O sacrum convivium*), celebración pascual y, en cuanto tal, actualización del pasado, vivido en la espera «de su venida» (1Cor. 11,26).

## VI. Judaísmo y Cristianismo

1. La historia de Israel no se terminó en el año 70 (cfr. *Orientaciones y sugerencias*, n.11). Continuará particularmente en la amplia diáspora que permite a Israel llevar a todo el mundo el testimonio, frecuentemente heroico, de su fidelidad al único Dios y «exaltarlo frente a todos los vivientes» (Tobías, 13,4), conservando siempre en el corazón de sus esperanzas el recuerdo de la tierra de los antepasados («*Seder* pascual»).

Los cristianos están invitados a comprender este vínculo religioso que ahonda sus raíces en la tradición bíblica, a pesar de que no deben hacer propia una interpretación religiosa particular de tal relación (cfr. *Declaración de la Conferencia Episcopal de Estados Unidos*, 20 de noviembre de

1975).

Por lo que se refiere a la existencia del Estado de Israel y a sus determinaciones políticas, es visto desde una óptica que no es en sí religiosa, sino que viene dada por los principios comunes del derecho internacional.

La permanencia de Israel (dada la desaparición de tantos pueblos antiguos que no han dejado ni rastro) es un hecho histórico y una señal que debe ser interpretada en el plano de Dios. Es preciso abandonar la tradicional concepción de pueblo «castigado», conservado como argumento vivo en la apologética cristiana. Este pueblo continúa siendo elegido, «el olivo bueno en el cual han sido injertados los ramos del olivo silvestre que son los gentiles» (aludiendo a Rom. 11, 17-24, en el discurso antes citado del Papa Juan Pablo II, 6 de marzo de 1982). Se recuerda lo negativo que ha sido el balance de las relaciones entre judíos y cristianos durante dos milenios. Debe ponerse de relieve cómo este permanecer de Israel va acompañado de una ininterrumpida creatividad espiritual, en el periodo rabínico, en la Edad Media y en el tiempo moderno, a partir de un patrimonio que nos fue común durante largo tiempo, tanto que «la fe y la vida religiosa del pueblo judío tal y como son profesados y vividos hoy (pueden) ayudar a comprender mejor algunos de los aspectos de la vida de la Iglesia» (Juan Pablo II, *ibid.*). La catequesis, por otra parte, deberá ayudar a comprender el significado que tiene para los judíos su exterminio durante los años 1939-1945, así como sus consecuencias.

2. La formación y la catequesis deben ocuparse del problema del racismo siempre activo en las diversas manifestaciones de antisemitismo. El Concilio lo presenta de la siguiente forma:

«La Iglesia, que reprueba toda persecución contra cualquier hombre, recordando el patrimonio común con los judíos e impulsada no por razones políticas, sino por la religiosa caridad evangélica, deplora los odios, persecuciones y manifestaciones de antisemitismo de que han sido objeto los judíos de cualquier tiempo y por parte de cualquier persona» (NAe 4). Y las *Orientaciones y sugerencias* comentan: «Los lazos espirituales y las relaciones históricas que unen a la Iglesia con el judaísmo condenan como contrarias al espíritu mismo del cristianismo todas las formas de antisemitismo y de discriminación que, por otra parte, la dignidad humana las condena por sí misma» (Preámbulo).

## VII.- Conclusión

La enseñanza religiosa, la catequesis y la predicación deben basarse no sólo en la objetividad, la justicia, la tolerancia, sino también en la comprensión y el diálogo. Nuestras dos tradiciones están demasiado emparentadas como para ignorarse. Es preciso promover un conocimiento recíproco a todos los niveles. Se comprueba especialmente una penosa ignorancia de la historia y de las tradiciones del judaísmo y parece, a veces, que solamente son conocidos por muchos cristianos los aspectos negativos y caricaturescos del mismo.

Estos subsidios aspiran a poner remedio a esta situación. De tal modo que el texto del Concilio y las *Orientaciones y sugerencias* sean más fácilmente y fielmente realizados.

Cardenal *J. WILLEBRANDS*, presidente

Pierre *DUPREY*, vicepresidente.

Jorge *MEJIA*, secretario.

## VISITA DEL PAPA JUAN PABLO II A LA SINAGOGA DE ROMA

*El domingo 13 de abril de 1986 tuvo lugar la histórica visita de Juan Pablo II a la sinagoga de Roma. El Papa llegó a la sinagoga a las 17 horas. Le esperaban ya allí el cardenal J. Willebrands, presidente de la Comisión de la Santa Sede para las relaciones religiosas con el Judaísmo, el vicepresidente, P. Duprey, y Mons. Jorge Mejía hasta hace poco secretario de dicha Comisión. La diócesis de Roma estaba representada por el cardenal Vicario Ugo Poletti y el obispo auxiliar mons. Clemente Riva.*

*Acogió a Juan Pablo II a su llegada en el jardín situado delante del templo, el presidente de la comunidad judía de Roma, Giacomo Saban, que presentó al Pontífice y a su séquito a los dos vicepresidentes y a la presidenta de la Unión de las Comunidades israelíticas de Italia, sra. Tulla Zevi.*

*Inmediatamente, el Rabino jefe de Roma, profesor Elio Toaff, con un abrazo, dió la bienvenida al Santo Padre.*

*El ingreso del Papa y del Rabino en la sinagoga fue acogido con un prolongado aplauso de los cientos de personas que llenaban el templo, mientras el coro entonaba el salmo 150. Juan Pablo II y el Rabino jefe se colocaron en dos sillas situadas en la Tevá (el corazón del templo, así como el presbiterio en las iglesias cristianas). Juan Pablo II a la derecha del profesor Toaff. No se abrió el arca que contiene los rollos de la Torá (Pentateuco), porque no se trataba de un rito judío. Detrás del Papa se situaron los dos cardenales y detrás del Rabino jefe la presidenta de las comunidades judía de Italia y el rabino Piatelli. Las demás personalidades se colocaron a ambos lados de pie.*

*El rabino Della Rocca, que como todos los rabinos vestía el taled (velo litúrgico) leyó en hebreo un pasaje del Génesis (15, 1-7), a lo que siguió la lectura en italiano del mismo fragmento, que realizó el rabino Vittorio Pavoncello. Luego se leyó en hebreo e italiano, por los mismos rabinos, un pasaje del libro de Miqueas (4, 1-5).*

*A continuación, el presidente de la comunidad israelítica de Roma, la primera constituida en la diáspora, leyó su discurso. Siguió el discurso del Rabino jefe. Por último el Papa leyó su alocución, que comenzó con las palabras: «Queridos amigos y hermanos judíos y cristianos». Estas palabras fueron acogidas con un inesperado, pero prolongado y caluroso aplauso. Otras siete veces aplaudió la asamblea las palabras del santo Padre, si bien merecen destacarse al menos tres de estas ocasiones: cuando citando la declaración «Nostra aetate», deplora los odios, las persecuciones y todas las manifestaciones de antisemitismo contra los judíos de todos los tiempos y por quien haya sido; al recordar lo que la Iglesia ha hecho por los judíos en los momentos de persecución racial; y cuando subrayó la frase «sois nuestros hermanos predilectos y, en cierto modo, se podría decir, nuestros hermanos mayores».*

*El Papa rezó el salmo 132/133, y el Rabino jefe el salmo 123/124.*

*Seguidamente el profesor Toaff invitó a todos los presentes a escuchar en pie el salmo «Ani Ma'amin» (Yo creo), canto entonado por los judíos cuando eran llevados a los campos de exterminio. Se observó un minuto de silencio en recogimiento y oración.*

*Se hayaban también en el templo un grupo de judíos que habían estado en diversos campos de concentración.*

*El rabino Pavoncello rezó lentamente la traducción del Salmo 16, cuyo canto entonó el coro. Al final, Juan Pablo II y el profesor Toaff se abrazaron y con este gesto se concluyó la parte pública de la visita.*

*A la ceremonia asistieron numerosas personalidades eclesiásticas y civiles de Roma, entre ellas el Ministro del Interior y el alcalde de la Urbe.*

*En la parte privada del encuentro, que tuvo lugar en la sala de recepción de la sinagoga, tras un coloquio privado entre el Papa y el Rabino jefe, tuvo lugar el intercambio de dones: el santo Padre entregó al Rabino Toaff la reproducción del «Rollo de Josué», conservado en el Vaticano; y el Rabino dió a Juan Pablo II la «Tenach», una colección de libros sagrados de los Profetas y de los hagiógrafos, en una traducción realizada por rabinos italianos; el profesor Saban obsequió al Papa con un candelabro de 9 brazos.*

*El encuentro del Obispo de Roma con la comunidad judía de la Urbe duró hora y media y fue transmitido a todo el orbe por televisión: un acontecimiento clave en la historia de la relaciones de la Iglesia católica con el judaísmo.*

Señor Rabino jefe de la Comunidad israelítica de Roma, Señora Presidenta de la Union de Comunidades israelíticas italianas, Señor Presidente de las Comunidades de Roma, Señores Rabinos, queridos amigos y hermanos judíos y cristianos que participáis en esta histórica celebración:

1. Ante todo, quisiera junto con vosotros dar gracias y alabar al Señor que «desplegó el cielo y cimentó la tierra» (cfr. Is. 51,16) y que ha escogido a Abrahám para hacerlo padre de una multitud de hijos, numerosa «como las estrellas del cielo y como la arena de las playas» (Gen. 22,15; cfr. 15,5), porque ha querido, en el misterio de su Providencia, que esta tarde se encontraran en este vuestro «Templo mayor» la comunidad judía que vive en esta ciudad, desde el tiempo de los antiguos romanos, y el Obispo de Roma y Pastor universal de la Iglesia católica.

Siento además el deber de manifestar mi gratitud al Rabino jefe, profesor Elio Toaff, que ha acogido con alegría, desde el primer momento, el proyecto de esta visita y que ahora me recibe con gran apertura de corazón y con un vivo sentido de hospitalidad; y doy las gracias también a todos aquellos que en la comunidad judía romana han hecho posible este encuentro y se han comprometido de tantas maneras a fin de que fuese al mismo tiempo una realidad y un símbolo. Gracias por tanto a todos vosotros. *Todâ rabâ* (= muchas gracias).

2. A la luz de la Palabra de Dios proclamada hace poco y que «vive por siempre» (cfr. Is. 30,8), quisiera que reflexionáramos juntos en presencia del Santo ¡bendito sea El! (como se dice en vuestra liturgia), sobre el hecho y el significado de este encuentro entre el Obispo de Roma, el Papa,

y la comunidad judía que habita y trabaja en esta ciudad, tan querida para vosotros y para mí.

Desde hace mucho tiempo pensaba en esta visita. En realidad, el Rabino jefe tuvo la gentileza de ir a saludarme en febrero de 1981, cuando hice la visita pastoral a la vecina parroquia de San Carlo ai Catanari. Además, alguno de vosotros han ido más de una vez a Vaticano, bien con ocasión de las numerosas audiencias que he podido conceder a representantes del judaísmo italiano y mundial, bien incluso anteriormente, en tiempos de mis predecesores, Pablo VI. Juan XXIII, Pío XII. Sé muy bien además que el Rabino jefe, en la noche que precedió a la muerte del Papa Juan, no dudó en ir a la plaza de San Pedro, acompañado de un grupo de fieles judíos, con el fin de rezar y velar, mezclado entre la multitud de católicos y de otros cristianos, como para dar testimonio, de un modo silencioso pero tan eficaz, de la grandeza de ánimo de aquel gran Pontífice, abierto a todos sin distinción, y en particular a los hermanos judíos.

La herencia que quisiera ahora recoger es precisamente la del Papa Juan, quien, en una ocasión pasando por aquí -como acaba de recordar el Rabino jefe-, hizo detener el coche para bendecir a la multitud de judíos que salía de este mismo templo. Y quisiera recoger su herencia en este momento en el que me encuentro no ya en el exterior, sino, gracias a vuestra generosa hospitalidad, en el interior de la Sinagoga de Roma.

3. Este encuentro concluye en cierto modo, después del pontificado de Juan XXIII y el Concilio Vaticano II, un largo periodo sobre el cual es preciso no cansarse de reflexionar para sacar de él las enseñanzas oportunas. Ciertamente no se puede ni se debe olvidar que las circunstancias históricas del pasado fueron muy distintas de las que han ido madurando fatigosamente en los siglos; se ha llegado con grandes dificultades a la aceptación común de una legítima pluralidad en el plano social, civil y religioso. La consideración de los seculares condicionamientos culturales no puede sin embargo impedir el reconocimiento de los actos de discriminación, de las limitaciones injustificadas de la libertad religiosa, de la opresión también en el plano de la libertad civil, que, respecto a los judíos, han sido objetivamente manifestaciones gravemente deplorables. Sí, una vez más, a través de mí, la Iglesia, con las palabras del bien conocido decreto *Nostra aetate*, n.4 «deplora los odios, persecuciones y manifestaciones de antisemitismo de cualquier tipo y persona contra los judíos», repito «de cualquier persona».

Una palabra de execración quisiera una vez más expresar por el genocidio decretado durante la última guerra contra el pueblo judío y que ha llevado al **holocausto** de millones de víctimas inocentes. Al visitar el 7 de junio de 1979 el «lager» de Auschwitz y al recogerme en oración por tantas víctimas de diversas naciones, me detuve en particular ante la lápida con la inscripción en lengua hebrea, manifestando así los sentimientos de mi ánimo: «Esta inscripción suscita el recuerdo del pueblo, cuyos hijos e hijas estaban destinados al exterminio total. Este pueblo tiene su origen en Abrahám, que es el padre de nuestra fe, como dice Pablo de Tarso. Precisamente este pueblo que ha recibido de Dios el mandamiento de «no matar», ha probado en sí mismo, en medida particular, lo que significa matar. A nadie le es lícito pasar delante de esta lápida con indiferencia».

También la comunidad judía de Roma pagó un alto precio de sangre. Y fue ciertamente un gesto significativo el que, en los años oscuros de la persecución racial, las puertas de nuestros conventos, de nuestras iglesias, del seminario romano, de edificios de la Santa Sede y la misma Ciudad del Vaticano se abrieran para ofrecer refugio y salvación a tantos judíos de Roma, reatreados por los perseguidores.

4. La visita de hoy quiere aportar una decidida contribución a la consolidación de las buenas relaciones entre nuestras dos comunidades, siguiendo las huellas de los ejemplos ofrecidos por tantos hombres y mujeres de una y otra parte que se han comprometido y se comprometen todavía para que se superen los viejos prejuicios y se dé espacio al reconocimiento cada vez más pleno de ese «vínculo» y de ese «común patrimonio espiritual» que existen entre judíos y cristianos.

Es éste el deseo que ya expresaba el párrafo 4, que ahora he recordado, de la Declaración conciliar *Nostra aetate* acerca de las relaciones entre la Iglesia y las religiones no cristianas. El cambio decisivo en las relaciones de la Iglesia católica con el Judaísmo y con cada uno de los judíos se ha dado con este breve pero lapidario texto.

Somos todos conscientes de que entre las muchas riquezas de este número 4 de *Nostra aetate*, **tres puntos** son especialmente relevantes. Quisiera subrayarlos aquí, ante vosotros, en esta circunstancia verdaderamente única.

El **primero** es que la Iglesia de Cristo descubre su «relación» con el Judaísmo «escrutando su propio misterio» (cfr. *Nostra aetate*, 4a). La religión judía no nos es «extrínseca», sino que en cierto modo es «intrínseca» a nuestra religión. Por tanto tenemos con ella relaciones que no tenemos con ninguna otra religión. Sois nuestros hermanos predilectos y en cierto modo se podría decir nuestros hermanos mayores.

El **segundo** punto que pone de relieve el Concilio es que a los judíos, como pueblo, no se les puede imputar culpa alguna atávica o colectiva, por lo que «se hizo en la pasión de Jesús» (cfr. *Nostra aetate* 4f). Ni indistintamente a los judíos de aquel tiempo, ni a los que han venido después, ni a los de ahora. Por tanto, resulta inconsistente toda pretendida justificación teológica de medidas discriminatorias o, peor todavía, persecutorias. El Señor juzgará a cada uno «según las propias obras», a los judíos y a los cristianos (cfr. Rom. 2,6).

El **tercer** punto de la Declaración conciliar que quisiera subrayar es la consecuencia del segundo: no es lícito decir, no obstante la conciencia que la Iglesia tiene de la propia identidad, que los judíos son «réprobos o malditos», como si ello fuera enseñado o pudiera deducirse de las Sagradas Escrituras (cfr. *Nostra aetate* 4f) del Antiguo Testamento o del Nuevo Testamento. Más aún, había dicho antes el Concilio, en este mismo texto de *Nostra aetate*, pero también en la constitución dogmática *Lumen gentium* 6, citando la carta de san Pablo a los Romanos (11,28s), que los judíos «permanecen muy queridos de Dios», que los ha llamado con una «vocación irrevocable».

5. Sobre estas convicciones se apoyan nuestras relaciones actuales. Con ocasión de esta visita a vuestra Sinagoga, deseo reafirmarlas y proclamarlas en su valor perenne. Este es en efecto el significado que se debe atribuir a mi visita a vosotros, judíos de Roma.

No es cierto que yo haya venido a visitaros porque las diferencias entre nosotros se hayan disipado ya. Sabemos bien que no es así.

Sobre todo, cada una de nuestras religiones, con plena conciencia de los muchos vínculos que la unen a la otra, y en primer lugar de ese «vínculo» del que habla el Concilio, quiere ser reconocida y respetada en su propia identidad, fuera de todo sincretismo y de toda equívoca

apropiación.

Además, se debe decir que el camino emprendido se halla todavía en sus comienzos, y que por tanto se necesita todavía bastante tiempo, a pesar de los grandes esfuerzos ya hechos por una parte y por otra, para suprimir toda forma, aunque sea subrepticia, de prejuicios, para adecuar toda manera de expresarse y por tanto de presentar siempre y en cualquier parte, a nosotros mismos y a los demás, el verdadero rostro de de los judíos y del judaísmo, como también de los cristianos y del cristianismo, y esto a cualquier nivel de mentalidad, de enseñanza, de comunicación.

A este respecto, quiero recordar a mis hermanos y hermanas de la Iglesia católica, también de Roma, el hecho de que los instrumentos de aplicación del Concilio en este campo preciso están ya a disposición de todos, en dos documentos publicados respectivamente en 1974 y en 1985 por la Comisión de la Santa Sede para las Relaciones religiosas con el Judaísmo. Se trata solametine de estudiarlos con atención, de penetrar en sus enseñanzas y de ponerlos en práctica.

Seguramente quedan todavía entre nosotros dificultades de orden práctico, que esperan ser superadas en le plano de las relaciones fraternas: son fruto, tanto de siglos de mutua incomprensión, como de posiciones diversas y de actitudes no fácilmente superables en materias complejas e importantes.

A nadie se le oculta que la divergencia fundamental desde los orígenes es la adhesión de nosotros los cristianos a la persona y a la enseñanza de Jesús de Nazaret, hijo de vuestro pueblo, del cual nacieron también la Virgen María, los Apóstoles «fundamento y columnas de la Iglesia», y la mayoría de los miembros de la primera comunidad cristiana. Pero esta adhesión se sitúa en el orden de la fe, es decir, en el asentimiento libre de la inteligencia y del corazón, guiados por el Espíritu y no puede ser jamás objeto de una presión externa, en un sentido o en el otro; es éste el motivo por el que nosotros estamos dispuestos a profundizar el diálogo con lealtad y amistad, en el respeto de las íntimas convicciones de los unos y de los otros, tomando como base fundamental los elementos de la Revelación que tenemos en común, como «gran patrimonio espiritual» (*Nostra aetate* 4).

6. Es preciso decir, además, que las vías abiertas a nuestra colaboración a la luz de la herencia común que procede de la Ley y de los Profetas, son varias e importantes. Queremos recordar sobre todo una colaboración en favor del hombre, de su vida desde la concepción hasta la muerte natural, de su dignidad, de su libertad, de sus derechos, de su desarrollo en una sociedad no hostil, sino amiga y favorable, donde reine la justicia y donde en esta nación, en los continentes y en el mundo, se la paz la que impere, el *shalom* auspiciado por los Legisladores, por los Profetas y por los Sabios de Israel.

Existe, más en general, el problema moral, el gran campo de la ética individual y social. Somos todos conscientes de lo aguda que es la crisis sobre este punto en nuestro tiempo. En una sociedad frecuentemente extraviada en el agnosticismo y en el individualismo, y que sufre las amargas consecuencias del egoísmo y de la violencia, judíos y cristianos son depositarios y testigos de una ética marcada por los diez mandamientos, en cuya observancia el hombre encuentra su verdad y su libertad. Promover una reflexión y colaboración común sobre este punto es uno de los grandes deberes de la hora presente.

Y finalmente quisiera dirigir mi pensamiento a esta ciudad donde convive la comunidad de

los católicos con su Obispo, la comunidad de los judíos con sus autoridades y con su Rabino jefe.

Que no sea la nuestra una «convivencia» sólo de medida estrecha, casi una yuxtaposición, intercalada con encuentros limitados y ocasionales, sino que esté animada por el amor fraterno.

7. Los problemas de Roma son muchos. Vosotros lo sabéis bien. Cada uno de nosotros, a la luz de esta bendita herencia a la que anteriormente me refería, sabe que está llamado a colaborar, al menos en alguna medida, a sus soluciones. Tratemos en cuanto sea posible de hacerlo juntos: que de esta visita mía y de esta concordia y serenidad conseguidas surja, como el río que Ezequiel vió surgir en la puerta oriental del Templo de Jerusalén (cfr. Ez. 47, 1ss), un torrente fresco y benéfico que ayude a sanar las plagas que Roma sufre.

Al hacer esto, me permito decir, seremos fieles a nuestros respectivos compromisos más sagrados, pero también a aquel que más profundamente nos une y nos reúne: la fe en un solo Dios que «ama a los extranjeros» y «hace justicia al huérfano y a la viuda» (cfr. Deut. 10,18), comprometiéndonos también nosotros a amarlos y socorrerlos (cfr. ibid. y Lev. 19, 18.34). Los cristianos han aprendido esta voluntad del Señor en la Torá, que vosotros aquí veneráis, y de Jesús, que ha llevado hasta las extremas consecuencias el amor pedido en la Torá.

8. Sólo me queda ahora dirigir, como al principio de esta alocución, los ojos y la mente al Señor, para darle gracias y alabarlo por este encuentro feliz y por los bienes que del mismo ya emanan, por la fraternidad reencontrada y por el nuevo y ás profundo entendimiento entre nosotros aquí en Roma, y entre la Iglesia y el Judaísmo en todas partes, en cada país, para beneficio de todos.

Por eso, quisiera decir con el salmista, en su lengua original que es también la que vosotros habéis heredado:

Hodû la Adonai ki tob / ki le olam hasdo / yomar-na Yisrael / ki le olam hasdo / yomerû-na yi`è Adonai / ki le olam hasdô (Salmo 118, 1-2.4)

Dad gracias al Señor porque es bueno / porque es eterna su misericordia / Diga la casa de Israel: eterna es su misericordia / Digan los fieles de Señor: / eterna es su misericordia. Amén.

JUAN PABLO II  
*Discurso al simposio intereclesial sobre*  
*“Raíces del antijudaísmo en ambiente cristiano”*  
 (31 de octubre de 1998)

*La comisión teológico-histórica del Comité central para el Gran Jubileo del año 2000 ha preparado durante todo un año, bajo la guía del p. Georges Marie Gottier, o.p., teólogo de la Casa pontificia, secretario general de la Comisión teológica internacional y miembro de dicho Comité, un simposio intereclesial sobre: “Raíces del antijudaísmo en ambiente cristiano”. Comenzó en el Vaticano el jueves 30 de octubre con un saludo del cardenal Roger Etchegaray, presidente del citado Comité central, a los participantes, cerca de sesenta estudiosos de fama internacional. A continuación, el p. Cottier tuvo la introducción, precisando la naturaleza y finalidad del encuentro, que se celebró a puerta cerrada, y se concluyó el sábado 1 de noviembre.*

*Los temas de reflexión fueron esencialmente cristianos, de ahí que su profundización estuvo encomendada en su mayor parte a teólogos católicos; a ellos se unieron algunos invitados protestantes y ortodoxos, llamados a interrogarse, partiendo de los contenidos de su fe, sobre el sentido de acontecimientos que tienen raíces en un pasado lejano. El simposio hizo referencia al antijudaísmo, no al antisemitismo, subrayando así su perspectiva religiosa y no política. Este simposio forma parte de la relectura que la Iglesia realiza de su historia en el umbral del tercer milenio y tiendo en primer lugar a superar los malentendidos y las divisiones del pasado, a redescubrir las peculiaridades de sus fieles, y a mirar al futuro con serenidad y esperanza.*

*Juan Pablo II recibió a los participantes en la sala de los Papas al mediodía del viernes 31 de octubre. Al comienzo del encuentro el cardenal Etchegaray dirigió a su Santidad unas palabras de las que explicó que este simposio era cumplimiento del deseo del santo Padre había manifestado en la encíclica Tertio millennio adveniente. El Vicario de Cristo correspondió al saludo pronunciando el discurso que ofrecemos traducido del francés.*

Señores cardenales, queridos hermanos en el episcopado, queridos amigos:

1.- Me alegra acoger durante vuestro simposio sobre las raíces del antijudaísmo. Saludo en particular al señor cardenal Roger Etchegaray, presidente del Comité central para el gran jubileo del año 2000, que preside vuestros trabajos. Os doy las gracias a todos por haber dedicado estas jornadas a un estudio teológico de gran importancia.

Vuestro coloquio se inserta en la preparación para el gran jubileo, con motivo del cual he invitado a los hijos de la Iglesia a hacer el balance del milenio que está a punto de concluir, y especialmente de nuestro siglo, con el espíritu de un “necesario examen de conciencia”, en el umbral de lo que debe ser un tiempo de conversión y reconciliación (cf. *Tertio millennio adveniente*, 27-35).

El objeto de vuestro simposio es la interpretación teológica correcta de las relaciones de la Iglesia de Cristo con el pueblo judío, de las cuales la declaración conciliar *Nostra aetate* puso las bases y sobre las cuales, en el ejercicio de mi magisterio, yo mismo he intervenido en varias ocasiones. En efecto, en el mundo cristiano -no digo de parte de la Iglesia en cuanto tal- algunas interpretaciones erróneas e injustas del Nuevo Testamento con respecto al pueblo judío y a su supuesta culpabilidad han circulado durante demasiado tiempo, dando lugar a sentimientos de hostilidad en relación con ese pueblo. Han contribuido a adormecer muchas conciencias, de modo que, cuando estalló en Europa la ola de persecuciones inspiradas por un antisemitismo pagano que,

en su esencia era también anticristiano, junto a esos cristianos que hicieron todo lo posible por salvar a los perseguidores, incluso poniendo en peligro su vida, la resistencia espiritual de muchos no fue la que la humanidad tenía derecho a esperar de los discípulos de Cristo. Vuestra lúcida mirada sobre el pasado, con vistas a una purificación de la memoria, es particularmente oportuna para mostrar claramente que el antisemitismo no tiene ninguna justificación y es absolutamente condenable.

Vuestros trabajos completan la reflexión realizada sobre todo por la *Comisión para las relaciones religiosas con el judaísmo*, traducida, entre otras cosas, en las *Orientaciones* del 1 de diciembre de 1974 y en las *Notas para una correcta presentación de judíos y judaísmo en la predicación y en la catequesis de la Iglesia católica*, del 24 de junio de 1985. Aprecio el hecho de que se quiera dirigir con gran rigor científico la investigación de índole teológica realizada por vuestro simposio, con la convicción de que servir a la verdad es servir a Cristo mismo y a su Iglesia.

### **La historia de la salvación**

2. El apóstol Pablo, al final de los capítulos de la *carta a los Romanos* (9-11) en los que brinda luces decisivas sobre el destino de Israel según el plan de Dios, eleva un cántico de adoración: “¡Oh abismo de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios!” (Rm 11,33). En el alma ardiente de Pablo, este himno es un eco del principio que acababa de enunciar y que constituye el tema central de toda la carta: “Pues Dios encerró a todos los hombres en la rebeldía para usar con todos ellos de misericordia” (Rm 11,32). La historia de la salvación, incluso cuando sus peripecias nos parecen desconcertantes, está guiada por la misericordia de Aquel que vino a salvar lo que estaba perdido. Sólo una actitud de adoración ante las insondables profundidades de la Providencia amorosa de Dios permite vislumbrar algo de lo que es un misterio de fe.

### **Un pueblo elegido**

3. En el origen de este pequeño pueblo, situado entre grandes imperios de religión pagana que lo eclipsan con el esplendor de su cultura, se encuentra una elección divina. Este pueblo es convocado y guiado por Dios, creador del cielo y de la tierra. Por consiguiente, su existencia no es meramente un hecho natural o cultural, en el sentido de que, por la cultura, el hombre desarrolla los recursos de su propia naturaleza. Mas bien, se trata de un hecho sobrenatural. Este pueblo persevera a pesar de todo, porque es el pueblo de la alianza y porque, no obstante las infidelidades de los hombres, el Señor es fiel a su alianza. Ignorar este dato fundamental significa comprometerse por el camino de un marcionismo contra el cual la Iglesia había reaccionado inmediatamente con energía, consciente de su vínculo vital con el Antiguo Testamento, sin el cual el Nuevo pierde su sentido. Las Escrituras son inseparables del pueblo y de su historia, que lleva a Cristo, Mesías prometido y esperado. La Iglesia no cesa de confesarlo cuando repite diariamente, con su liturgia, los salmos y cánticos de Zacarías, de la Virgen María y de Simeón (cf. Sal 132,17; Lc 1,46-55; 1, 68-79; 2, 29-32).

Por eso, los que consideran el hecho de que Jesús fue judío y que su ambiente fue el mundo judío como un simple hecho cultural contingente, que hubiera podido sustituir con otra tradición religiosa de la que la persona del Señor podría ser separada, sin perder su identidad, no sólo ignoran el sentido de la historia de la salvación, sino que también, de modo más radical, ponen en tela de juicio la verdad misma de la Encarnación y hacen imposible una concepción auténtica de la inculturación.

### **Sentimiento fraternos**

4. Teniendo en cuenta lo que hemos dicho hasta ahora, podemos sacar algunas conclusiones que orienten la actitud del cristiano y el trabajo del teólogo. La Iglesia condena firmemente todas las formas de genocidio, así como las teorías racistas que las han inspirado y que han pretendido justificarlas. A este respecto se podría recordar la encíclica de Pío XI *Mit brennender Sorge* (1937) y la de Pío XII *Summi pontificatus* (1939); ésta última recordaba la ley de la solidaridad humana y de la caridad hacia todo hombre, independientemente del pueblo al que pertenezca. Por consiguiente, el racismo es una negación de la identidad más profunda del ser humano, que ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. A la malicia moral de cualquier genocidio se añade, con la *shoah*, la malicia de un odio que pone en tela de juicio el plan salvífico de Dios sobre la historia. La Iglesia sabe que ella también es directamente blanco de ese odio.

La enseñanza de san Pablo en la carta a los *Romanos* nos indica cuáles sentimientos fraternos, arraigados en la fe, debemos albergar hacia los hijos de Israel (cf. Rm 9,4-5). El Apóstol lo subraya: “en atención a sus padres” son amado por Dios, cuyos dones y cuya llamada son irrevocables (cf. Rm 11,28-29)

### **Diálogo renovado**

5. Os manifiesto mi gratitud por los trabajos que realizáis sobre un tema de gran importancia y que me interesa mucho. Así contribuís a la profundización del diálogo entre católicos y judíos, y nos alegramos de que ese diálogo se haya renovado de forma positiva en el curso de los últimos decenios.

Os expreso mis mejores deseos a vosotros y a vuestro seres queridos, y os imparto de corazón la bendición apostólica.



*El lunes 16 de marzo, el cardenal Edward Idris Cassidy, presidente de la Comisión para las relaciones religiosas con el judaísmo, presentó en la sala de Prensa de la Santa Sede el documento «Nosotros recordamos: una reflexión sobre la Shoah», en el que se analiza la actitud que tomaron los cristianos, y en particular los Sumos Pontífices, frente a la tragedia que se abatió sobre el pueblo judío, impulsada por el nazismo, cuyas raíces se hallaban fuera del cristianismo. Con ese motivo el Santo Padre Juan Pablo II envió al cardenal Cassidy la carta que publicamos a continuación.*

#### Al Sr. Cardenal EDWARD IDRIS CASSIDY

En numerosas ocasiones, durante mi pontificado, he recordado con profundo pesar los sufrimientos del pueblo judío a lo largo de la segunda guerra mundial. El crimen conocido como la *Shoah* sigue siendo una mancha imborrable en la historia del siglo que está a punto de concluir.

Al prepararnos para comenzar el tercer milenio de la era cristiana, la Iglesia es consciente de que la alegría de un jubileo es, sobre todo, una alegría fundada en el perdón de los pecados y en la reconciliación con Dios y con el prójimo. Por eso, estimula a sus hijos e hijas a purificar su corazón mediante el arrepentimiento de los errores e infidelidades del pasado. Los invita a ponerse humildemente delante de Dios y a examinar la responsabilidad que también ellos tienen por los males de nuestro tiempo.

Abrigo la ardiente esperanza de que el documento «Nosotros esperamos: una reflexión sobre la *Shoah*», que la Comisión para las relaciones religiosas con el judaísmo ha preparado bajo su dirección, contribuya verdaderamente a curar las heridas de las incomprensiones e injusticias del pasado. Ojalá que permita a la memoria cumplir su papel necesario en el proceso de construcción de un futuro en el que la inefable iniquidad de la *Shoah* no vuelva a ser nunca posible. Que el Señor de la historia guíe los esfuerzos de los católicos y los judíos, así como los de todos los hombres y mujeres de buena voluntad, para que trabajen juntos por un mundo donde se respeten de verdad la vida y la dignidad de cada ser humano, dado que todos han sido creados a imagen y semejanza de Dios.

Vaticano 12 de marzo de 1998. Juan Pablo II.

**«NOSOTROS RECORDAMOS: UNA REFLEXIÓN SOBRE LA SHOAH»****I.- La tragedia de la «Shoah» y el deber de la memoria**

Se está concluyendo rápidamente el siglo XX y ya despunta la aurora de un nuevo milenio cristiano. El bimilenario del nacimiento de Jesucristo impulsa a todos los cristianos, e invita en realidad a todo hombre y a toda mujer, a tratar de descubrir en el devenir de la historia los signos de la divina Providencia que actúa en ella, así como los modos en los que la imagen del Creador en el hombre ha sido ofendida y desfigurada.

Esta reflexión atañe a uno de los sectores principales en que los católicos pueden tomar seriamente en consideración la exhortación que dirigió Juan Pablo II en la carta apostólica *Tertio millennio adveniente*: «Es justo que, mientras el segundo milenio del cristianismo llega a su fin, la Iglesia asuma con una conciencia más viva el pecado de sus hijos, recordando todas las circunstancias en las que, a lo largo de la historia, se ha alejado del espíritu de Cristo y de su Evangelio, ofreciendo al mundo, en vez del testimonio de una vida inspirada en los valores de la fe, el espectáculo de modos de pensar y actuar que eran verdaderas formas de antitestimonio y de escándalo»<sup>1</sup>

Este siglo ha sido testigo de una tragedia inefable, que nunca se podrá olvidar: el intento del régimen nazi de exterminar al pueblo judío, con el consiguiente asesinato de millones de judíos. Hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, niños e infantes, sólo por su origen judío, fueron perseguidos y deportados. Algunos fueron asesinados inmediatamente; otros fueron humillados, maltratados, torturados y privados completamente de su dignidad humana y, finalmente, asesinados. Poquísimos de los que fueron internados en los campos de concentración pudieron sobrevivir, y los que lo lograron han quedado aterrorizados para el resto de su vida. Esa fue la *Shoah*: uno de los principales dramas de la historia de este siglo, un drama que nos afecta todavía hoy.

Frente a este terrible genocidio, que los responsables de las naciones y las mismas comunidades judías encontraron difícil de creer cuando era cruelmente perpetrado, nadie puede quedar indiferente, y mucho menos la Iglesia, por sus vínculos tan estrechos de parentesco espiritual con el pueblo judío y por su recuerdo de la injusticia del pasado. La relación de la Iglesia con el pueblo judío es diferente de la que mantiene con cualquier otra religión<sup>2</sup>. Sin embargo, no se trata sólo de volver al pasado. El futuro común de judíos y cristianos exige que recordemos, porque «no

<sup>1</sup> *Tertio millennio adveniente* (10 de noviembre de 1994), 33: AAS 87(1995) 25.

<sup>2</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Discurso a la comunidad judía en la sinagoga de Roma* (13 de abril de 1986), n. 4: AAS 78(1986) 1.120; *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 20 de abril de 1986, p. 12.

hay futuro sin memoria»<sup>3</sup>. La historia misma es *memoria futuri*.

---

<sup>3</sup> JUAN PABLO II, *Angelus* del 11 de julio de 1995, n. 2: L'Osservatore Romano, edición en lengua española, 16 de junio de 1995, p. 1.

Al dirigir esta reflexión a nuestros hermanos y hermanas de la Iglesia católica esparcidos por el mundo, pedimos a todos los cristianos que se unan a nosotros para reflexionar en la catástrofe que se abatió sobre el pueblo judío, y en el imperativo moral de asegurar que nunca más el egoísmo y el odio puedan crecer hasta el punto de sembrar tal sufrimiento y muerte<sup>4</sup>. Especialmente, pedimos a nuestros amigos judíos, «cuyo terrible destino se ha convertido en símbolo de las aberraciones adonde puede llegar el hombre cuando se vuelve contra Dios»<sup>5</sup>, que dispongan su corazón para escucharnos.

## II. Lo que debemos recordar

El pueblo judío, al dar su singular testimonio del Santo de Israel y de la *Torah*, ha tenido que sufrir mucho en diversos tiempos y en numerosos lugares. Pero la *Shoah* fue, ciertamente, el peor sufrimiento de todos. La crueldad con que los judíos han sido perseguidos y asesinados en este siglo supera la capacidad de expresión de las palabras. Y todo ello se les hizo por el mero hecho de que eran judíos.

La misma magnitud de crimen suscita muchas preguntas. Historiadores, sociólogos, filósofos, políticos, psicólogos y teólogos tratan de conocer más sobre la realidad y las causas de la *Shoah*. Quedan aún por hacer muchos estudios especializados. Pero este acontecimiento no puede valorarse plenamente sólo con los criterios ordinarios de la investigación histórica, pues exige una «memoria moral y religiosa» y, especialmente entre los cristianos, una reflexión muy seria sobre las causas que lo provocaron.

El hecho de que la *Shoah* se haya producido en Europa, es decir, en países de una civilización cristiana de largo tiempo, plantea la cuestión de la relación entre la persecución nazi y las actitudes de los cristianos, a lo largo de los siglos, con respecto a los judíos.

## III. Las relaciones entre judíos y cristianos

La historia de las relaciones entre judíos y cristianos es una historia tormentosa. Lo ha reconocido el Santo Padre Juan Pablo II en sus repetidos llamamientos a los católicos a examinar nuestra actitud en lo que atañe a nuestras relaciones con el pueblo judío<sup>6</sup>. En efecto, el balance de estas relaciones durante dos milenios ha sido, más bien, negativo<sup>7</sup>.

---

<sup>4</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Discurso a la comunidad judía de Budapest* (18 de agosto de 1991), n. 4: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 30 de agosto de 1991, p. 10.

<sup>5</sup> JUAN PABLO II, *Centessimus annus* (1 de mayo de 1991), 17: AAS 83(1991) 814-815.

<sup>6</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Discurso a los delegados de las Conferencias episcopales para las relaciones con el judaísmo* (5 de marzo de 1982); *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 11 de abril de 1982, p. 11.

<sup>7</sup> Cf. COMISIÓN DE LA SANTA SEDE PARA LAS RELACIONES RELIGIOSAS CON EL JUDAÍSMO, *Notas para*



En los albores del cristianismo, después de la crucifixión de Jesús, surgieron disputas entre la Iglesia primitiva y los judíos, jefes y pueblo, los cuales por su adhesión a la Ley, a veces se opusieron violentamente a los predicadores del Evangelio y a los primeros cristianos. En el imperio romano, que era pagano, los judíos estaban legalmente protegidos por los privilegios otorgados por el Emperador, y las autoridades al principio no hicieron distinción entre comunidades judías y cristianas. Sin embargo, pronto los cristianos fueron perseguidos por el Estado. Cuando, más tarde, incluso los emperadores se convirtieron al cristianismo, primero siguieron garantizando privilegios de los judíos. Pero grupos de cristianos exaltados que asaltaban los templos paganos, hicieron en algunos casos lo mismo con las sinagogas, por influjo de ciertas interpretaciones erróneas del Nuevo Testamento relativas al pueblo judío en su conjunto. «En el mundo cristiano -no digo de parte de la Iglesia en cuanto tal- algunas interpretaciones erróneas e injustas del Nuevo Testamento con respecto al pueblo judío y a su supuesta culpabilidad han circulado durante demasiado tiempo, dando lugar a sentimientos de hostilidad en relación con ese pueblo»<sup>8</sup>. Esas interpretaciones del Nuevo Testamento fueron rechazadas, de forma total y definitiva, por el concilio Vaticano II<sup>9</sup>.

No obstante la predicación cristiana del amor hacia todos, incluidos los enemigos, la mentalidad dominante a lo largo de los siglos perjudicó a las minorías y a los que, de algún modo, era «diferentes». Sentimientos de antijudaísmo en algunos ambientes cristianos y la brecha existente entre la Iglesia y el pueblo judío llevaron a una discriminación generalizada, que desembocó a veces en expulsiones o en intentos de conversiones forzadas. En gran parte del mundo «cristiano», hasta finales del siglo XVIII, los no cristianos no siempre gozaron de un *status* jurídico plenamente reconocido. A pesar de ello, los judíos, extendidos por todo el mundo cristiano, conservaron sus tradiciones religiosas y sus costumbres propias. Por eso, fueron objeto de sospecha y desconfianza. En tiempos de crisis, como carestías, guerras, epidemias o tensiones sociales, la minoría judía fue a veces tomada como chivo expiatorio, y se convirtió así en víctima de violencia, saqueos e incluso matanzas.

Entre el final del siglo XVIII y el inicio del XIX, los judíos habían logrado, por lo general, una posición de igualdad con respecto a los demás ciudadanos en la mayoría de los Estados, y un buen número de ellos llegó a desempeñar funciones importantes en la sociedad. Pero en este mismo contexto histórico, especialmente en el siglo XIX, se desarrolló un nacionalismo exasperado y falso. En un clima de rápidos cambios sociales, los judíos fueron a menudo acusados, de ejercer un influjo excesivo en relación con su número. Entonces comenzó a difundirse, con grados diversos en la mayor parte de Europa, un antijudaísmo esencialmente más sociopolítico que religioso.

Durante el mismo periodo, comenzaron a surgir teorías que negaban la unidad de la raza humana, afirmando la diferencia originaria de las razas. En el siglo XX, el nacionalsocialismo en Alemania usó esas ideas como base pseudocientífica para una distinción entre las así llamadas razas

---

<sup>8</sup> JUAN PABLO II, *Discurso a los participantes en el encuentro de estudio sobre «Raíces del antijudaísmo en ambiente cristiano»* (31 de octubre de 1977), n. 1: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 7 de noviembre de 1997, p. 5.

<sup>9</sup> Cf. *Nostra aetate*, 4

nórdico-arias y supuestas razas inferiores. Además, la derrota de Alemania en 1918 y las condiciones humillantes que le impusieron los vencedores, impulsaron en ella una forma extremista de nacionalismo, con la consecuencia de que muchos vieron en el nacionalsocialismo una solución a los problemas del país y, por ello, colaboraron políticamente en ese movimiento.

La Iglesia en Alemania respondió condenando el racismo. Dicha condena se realizó por primera vez en la predicación de algunos miembros del clero, en la enseñanza pública de los obispos católicos y en los escritos de periodistas católicos. Ya en febrero de 1931, el cardenal Bertram de Breslavia, el cardenal Faulhaber y los obispos de Baviera, los obispos de la provincia de Colonia y los de la provincia de Friburgo publicaron sendas cartas pastorales que condenaban el nacionalsocialismo, con su idolatría de la raza y del Estado<sup>10</sup>. El mismo año 1933, en que el nacionalsocialismo alcanzó el poder, los famosos sermones de Adviento del cardenal Faulhaber, a los que no sólo asistieron católicos, sino también protestantes y judíos, tuvieron expresiones de claro rechazo de la propaganda nazi antisemita<sup>11</sup>. A raíz de la *Noche de los cristales*, Bernhard Lichtenberg, preboste de la catedral de Berlín, elevó oraciones públicas por los judíos; él mismo murió luego en Dachau y fue declarado beato.

También el Papa Pío XI condenó, de modo solemne, el racismo nazi en la encíclica *Mit Brennender Sorge*<sup>12</sup>, que se leyó en las iglesias de Alemania el domingo de Pasión del año 1937, iniciativa que provocó ataques y sanciones contra miembros del clero. El 6 de septiembre de 1938, dirigiéndose a un grupo de peregrinos belgas, Pío XI afirmó: «El antisemitismo es inaceptable. Espiritualmente todos somos semitas»<sup>13</sup>. Pío XII, desde su primera encíclica, *Summi Pontificatus*<sup>14</sup>, del 20 de octubre de 1939, puso en guardia contra las teorías que negaban la unidad de la raza humana y contra la divinización del Estado, que, según su previsión, llevarían a una verdadera «hora de las tinieblas»<sup>15</sup>.

#### IV. Antisemitismo nazi y la Shoah

No se pudo ignorar la diferencia que existe entre el *antisemitismo*, basado en teorías contrarias a la enseñanza constante de la Iglesia sobre la unidad del género humano y la igual dignidad de todas las razas y de todos los pueblos, y los sentimientos de sospecha y de hostilidad existentes desde siglos, que llamamos *antijudaísmo*, de los cuales, por desgracia, también son culpables los cristianos.

La ideología nacionalsocialista fue mucho más allá, en el sentido de que se negó a reconocer cualquier realidad trascendente como fuente de la vida y criterio del bien moral. En consecuencia, un grupo humano, y el Estado con el que se había identificado, se arrogó un valor absoluto y decidió borrar la existencia misma del pueblo judío, llamado a dar testimonio del único Dios y de la Ley de la Alianza. Desde el punto de vista teológico, no podemos ignorar el hecho de que no pocos afiliados al partido nazi no sólo mostraron aversión a la idea de una divina Providencia que actúa en la historia

<sup>10</sup> Cf. B. STATIEWISKI (Ed.), *Akten deutscher Bischöfe über die Lage der Kirche, 1933-1945*, vol I, 1933-19334 (Mainz 1968), Apéndice.

<sup>11</sup> Cf. L. VOLK, *Der Bayerische Episcopat und der Nationalsozialismus 1930-1934*, (Mainz 1966), pp. 170-174.

<sup>12</sup> La encíclica está fechada el 14 de marzo de 1937: AAS 29 (1937) 145-167.

<sup>13</sup> *La Documentation Catholique*, 29 (1938), col. 1.460.

<sup>14</sup> AAS 31 (1939) 413-453.

<sup>15</sup> *Ib.* 449.

humana, sino que dieron prueba de un odio específico hacia Dios mismo. Lógicamente, esa actitud llevó también al rechazo del cristianismo y al deseo de ver destruida la Iglesia o, por lo menos, sometida a los intereses del Estado nazi.

Fue esa ideología extrema la que se convirtió en fundamento de las medidas tomadas, primero para expulsar a los judíos de sus casas y, luego, para exterminarlos. La *Shoah* fue obra de un típico régimen neopagano moderno. Su antisemitismo hundía sus raíces fuera del cristianismo y, al tratar de conseguir sus propios fines, no dudó en oponerse a la Iglesia, incluso persiguiendo a sus miembros.

Pero conviene preguntarse si la persecución del nazismo con respecto a los judíos no fue facilitada por prejuicios antijudíos presentes en la mente y en el corazón de algunos cristianos. El sentimiento antijudío ¿hizo a los cristianos menos sensibles, o incluso indiferentes, ante las persecuciones desencadenadas contra los judíos por el nacionalsocialismo, cuando alcanzó el poder?

Cualquier respuesta a esta pregunta debe tener en cuenta que estamos tratando de la historia de actitudes y modos de pensar de gente sujeta a múltiples influjos. Más aún, muchos desconocían totalmente la «solución final» que estaba a punto de aplicarse contra todo un pueblo; otros tuvieron miedo por sí mismos y por sus seres queridos; algunos se aprovecharon de la situación; otros, por último, actuaron por envidia. La respuesta se ha de dar caso por caso y, para hacerlo, es necesario conocer cuáles fueron las motivaciones precisas de las personas en su situación específica.

Al inicio, los jefes del Tercer Reich querían expulsar a los judíos. Por desgracia, los Gobiernos de varios países occidentales de tradición cristiana, incluidos algunos de América del norte y del sur, dudaron mucho en abrir sus fronteras a los judíos perseguidos. Aunque no podían prever cuán lejos iban a llegar los líderes nazis en sus intenciones criminales, las autoridades de esas naciones conocían bien las dificultades y los peligros a que se hallaban expuestos los judíos que vivían en los territorios del Tercer Reich. En esas circunstancias, el cierre de las fronteras a la inmigración judía, sea que se debiera a la hostilidad o sospecha antijudía, o a cobardía y falta de clarividencia política, o a egoísmo nacional, constituye un grave peso de conciencia para dichas autoridades.

En los territorios donde el nazismo practicó la deportación de masas, la brutalidad que acompañó esos movimientos forzados de gente inerme debería haber llevado a sospechar lo peor. ¿Ofrecieron los cristianos toda asistencia posible a los perseguidos, y en particular a los judíos?

Muchos lo hicieron, pero otros no. No se debe olvidar a los que ayudaron a salvar al mayor número de judíos que les fue posible, hasta el punto de poner en peligro su vida. Durante la guerra, y también después, comunidades y personalidades judías expresaron su gratitud por lo que habían hecho el Papa Pío XII, personalmente o a través de sus representantes, para salvar la vida de cientos de miles de judíos<sup>16</sup>. Por esa razón, muchos obispos, sacerdotes, religiosos y laicos fueron

---

<sup>16</sup> Organizaciones y personalidades judías representativas reconocieron varias veces oficialmente la sabiduría de la diplomacia del Papa Pío XII. Por ejemplo, el jueves 7 de septiembre de 1945 Giuseppe Nathau, comisario de la Unión de comunidades judías italianas, declaró: «Ante todo, dirigimos un reverente homenaje de gratitud al Sumo Pontífice y a los

condecorados por el Estado de Israel.

A pesar de ello, como ha reconocido el Papa Juan Pablo II, al lado de esos valerosos hombres y mujeres, la resistencia espiritual y la acción concreta de otros cristianos no fueron las que se podía esperar de unos discípulos de Cristo. No podemos saber cuántos cristianos en países ocupados o gobernados por potencias nazis o por sus aliados constataron con horror la desaparición de sus vecinos judíos, pero no tuvieron la fuerza suficiente para elevar su voz de protesta. Para los cristianos este grave peso de conciencia de sus hermanos y hermanas durante la segunda guerra mundial debe ser una llamada al arrepentimiento<sup>17</sup>.

Deploramos profundamente los errores y las culpas de esos hijos e hijas de la Iglesia. Hacemos nuestro lo que dijo el concilio Vaticano II en la declaración *Nostra Aetate*, que afirma inequívocamente: «La Iglesia [...] recordando el patrimonio común con los judíos e impulsada no por razones políticas, sino por la religiosa caridad evangélica, deplora los odios, persecuciones y manifestaciones de antisemitismo de que han sido objeto los judíos de cualquier tiempo y por parte de cualquier persona»<sup>18</sup>.

Recordamos y hacemos nuestro lo que afirmó el Papa Juan Pablo II, al dirigirse a los jefes de la comunidad judía de Estrasburgo en 1988: «Repito de nuevo, junto con vosotros, la más firme condena de todo antisemitismo y de todo racismo, opuestos a los principios del cristianismo»<sup>19</sup>. La Iglesia católica repudia, por consiguiente, toda persecución, en cualquier lugar y tiempo, perpetrada contra un pueblo o un grupo humano. Condena del modo más firme todas las formas de genocidio, así como las ideologías racistas que los han hecho posibles. Dirigiendo la mirada a este siglo, nos entristece profundamente la violencia que ha afectado a grupos enteros de pueblos y naciones. Recordamos, en particular, la matanza de los armenios, las innumerables víctimas de Ucrania en 1930, el genocidio de los gitanos, también fruto de ideas racistas, y tragedias semejantes ocurridas en América, en África y en los Balcanes. No olvidamos los millones de víctimas de la ideología totalitaria en la Unión Soviética, en China, en Camboya y en otros lugares. Y tampoco podemos

---

religiosos y religiosas que, siguiendo las directrices del Santo Padre, vieron en los perseguidos a hermanos, y con valentía y abnegación nos prestaron su ayuda inteligente y concreta, sin preocuparse por los gravísimos peligros a los que se exponían» (*L'Osservatore Romano*, 8 de septiembre de 1945, p. 2). El 21 de septiembre del mismo año, Pío XII recibió en audiencia al doctor A. Leo Kubowitzki, secretario general del Congreso judío internacional que acudió a presentar «al Santo Padre, en nombre de la Unión de las comunidades judías, su más viva gratitud por los esfuerzos de la Iglesia católica en favor de la población judía en toda Europa durante la guerra» (*L'Osservatore Romano*, 23 de septiembre de 1945, p. 1). El jueves 29 de noviembre de 1945, el Papa recibió a cerca de ochenta delegados de prófugos judíos, procedentes de varios campos de concentración en Alemania, que acudieron a manifestarle «el sumo honor de poder agradecer al Santo Padre la generosidad demostrada hacia los perseguidos durante el terrible periodo del nazi-fascismo» (*L'Osservatore Romano*, 30 de noviembre de 1945, p. 1). En 1948, al morir el Papa Pío XII, Golda Meir envió un elocuente mensaje: «Compartimos el dolor de la humanidad [...] Cuando el terrible martirio se abatió sobre nuestro pueblo, la voz del Papa se elevó en favor de sus víctimas. La vida de nuestro tiempo se enriqueció con una voz que habló claramente sobre las grandes virtudes morales por encima del tumulto del conflicto diario. Lloramos la muerte de un gran servidor de la paz».

<sup>17</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Discurso al nuevo embajador de la República federal de Alemania* (8 de noviembre de 1990), n. 2: AAS 83 (1991) 587-588; *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 7 de diciembre de 1990, p. 20.

<sup>18</sup> *Nostra aetate*, 4

<sup>19</sup> JUAN PABLO II, *Discurso a los representantes de la comunidad judía de Alemania* (9 de octubre de 1988), n. 8: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 20 de noviembre de 1988, p. 19.

olvidar el drama de Oriente Medio, cuyos aspectos son muy conocidos. Incluso, mientras hacemos esta reflexión, «demasiados hombres son todavía víctimas de sus hermanos»<sup>20</sup>.

---

<sup>20</sup> JUAN PABLO II, *Discurso a los miembros del cuerpo diplomático* (15 de enero de 1994): AAS 86 (1994) 816; *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 21 de enero de 1994, p. 19.

## V. Mirando juntos hacia un futuro común

Mirando hacia el futuro de las relaciones entre judíos y cristianos, en primer lugar pedimos a nuestros hermanos y hermanas católicos que tomen mayor conciencia de las raíces judías de su fe. Les pedimos que recuerden que Jesús era un descendiente de David; que del pueblo judío nacieron la Virgen María y los Apóstoles; que la Iglesia se alimenta de las raíces de aquel buen olivo en el que se injertaron luego las ramas del olivo silvestre de los gentiles (cf. Rm 11,17-24); que los judíos son nuestros hermanos queridos y amados; y que, en cierto sentido, son realmente «nuestros hermanos mayores»<sup>21</sup>.

Al final de este milenio, la Iglesia católica desea expresar su profundo pesar por las faltas de sus hijos e hijas en las diversas épocas. Se trata de un acto de arrepentimiento (*teshuva*), pues, como miembros de la Iglesia, compartimos tanto los pecados como los méritos de todos sus hijos. La Iglesia se acerca con profundo respeto y gran compasión a la experiencia del exterminio, la *Shoah*, que sufrió el pueblo judío durante la segunda guerra mundial. No se trata de meras palabras, sino de un compromiso vinculante. «Nos arriesgaríamos a hacer morir nuevamente a las víctimas de muertes atroces, si no sintiéramos pasión por la justicia y no nos comprometiéramos, cada uno según sus propias posibilidades, a lograr que el mal no prevalezca sobre el bien, como sucedió a millones de hijos del pueblo judío... La humanidad no puede permitir que todo eso suceda nuevamente»<sup>22</sup>.

Pedimos a Dios que nuestro dolor por la tragedia que el pueblo judío ha sufrido en nuestro siglo lleve a nuevas relaciones con el pueblo judío. Deseamos transformar la conciencia de los pecados del pasado en un firme compromiso de construir un nuevo futuro, en el que no existan ya sentimientos antijudíos entre los cristianos ni sentimientos anticristianos entre los judíos, sino más bien un respeto recíproco, como conviene a quienes adoran al único Creador y Señor, y tienen un padre común en la fe, Abraham.

Invitamos, por último, a todos los hombres y mujeres de buena voluntad a reflexionar profundamente en el significado de la *Shoah*. Las víctimas, desde sus tumbas, y los supervivientes mediante su emotivo testimonio de lo que sufrieron, se han convertido en un fuerte clamor que llama la atención de la humanidad entera. Recordar ese terrible drama significa tomar plena conciencia de la saludable advertencia que implica: a las semillas podridas del antijudaísmo y del antisemitismo jamás se les debe permitir echar raíces en ningún corazón humano.

16 de marzo de 1998

---

<sup>21</sup> JUAN PABLO II, *Discurso a la comunidad judía en la sinagoga de Roma* (13 de abril de 1986), n. 4: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 20 de abril de 1986, p. 12

<sup>22</sup> JUAN PABLO II, *Discurso con motivo de la conmemoración del Holocausto* (7 de abril de 1994), n. 3: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 22 de abril de 1994, p. 15.

Cardenal Edward IDRIS CASSIDY  
*Presidente*

Pierre DUPREY, m. afr.  
*Obispo titular de Thibaris*  
*Vicepresidente*

Remi HOECKAM, o.p.  
*Secretario*

## Apéndice

PIERSANDRO VANZAN S.J., *Judíos y judaísmo en el Catecismo de la Iglesia Católica*

*La Civiltà Cattolica* (1993) IV 439-451

En un reciente editorial (*La Civiltà Cattolica* (1993) IV 3-13) nuestra revista ha hablado del «giro católico» hacia los judíos y el judaísmo que, favorecido por Juan XXIII y desarrollado en el Vaticano II, encontró puntualizaciones posteriores en varios documentos postconciliares, entre ellos *Orientaciones y sugerencias* (1974)<sup>23</sup>, que recomendaban una correcta información sobre los judíos y el hebraísmo a todos los niveles de la formación eclesial, con especial referencia a los «manuales de catequesis». En 1985, después, aparecieron las *Notas*<sup>24</sup> para ayudar en la delicada empresa de

---

<sup>23</sup> SECRETARIADO PARA LA UNION DE LOS CRISTIANOS (Comisión para las relaciones religiosas con el hebraísmo), *Orientaciones y sugerencias para la aplicación de la Declaración «Nostra aetate»* (n. 4), en *Enchiridion Vaticanum*, vol. 5º, Bologna, Ed. Dehoniane, 1979, 502-515; en adelante *Orientaciones*.

<sup>24</sup> ID., *Judíos y judaísmo en la predicación y en la catequesis de la Iglesia católica. Notas para una correcta presentación*, íbid., vol. 9º, 1592-1608. Este texto comienza citando a Juan Pablo II (a los delegados internacionales de las Conferencias episcopales, Roma 1982): «Os habéis preocupado de la enseñanza católica y de la catequesis en relación con los judíos y el hebraísmo. [...] Será necesario hacer que esta enseñanza, en los distintos niveles de formación religiosa, en la catequesis impartida a niños y adolescentes, presente a los judíos y al hebraísmo no solo de modo

rectificar una praxis catequética distorsionada, hasta el punto de tener que escribir: «Constatamos una penosa ignorancia de la historia y de las tradiciones», dando la impresión de «que sólo los aspectos negativos, con frecuencia caricaturescos, formen parte del conocimiento común de muchos cristianos» (íbid, VII. Conclusión). Finalmente ha aparecido el nuevo *Catecismo de la Iglesia Católica (CEC)*, en el que se recogen -y a veces se desarrollan- las indicaciones precedentes. Para comodidad de nuestros lectores queremos sintetizarlas aquí en ocho profundizaciones precisas<sup>25</sup>.

---

correcto y objetivo, sin ningún prejuicio y sin ofender a nadie, sino más aún con una viva conciencia del patrimonio común entre judíos y cristianos». A continuación se precisa que ese discurso se inspiraba claramente en el n. 4 de *Nostra aetate (NAe)*, en el punto donde se afirma: «Cuiden por tanto que *en la catequesis* y en la predicación de la Palabra de Dios no enseñen nada que no sea conforme a la verdad del Evangelio y al Espíritu de Cristo». De aquí la urgente necesidad de que la enseñanza acerca del judaísmo «sea precisa y objetiva» (I, 8), proponiendo incluso a los catequistas pistas de estudio sobre el asunto: enseñanza religiosa y judaísmo, relaciones entre Antiguo y Nuevo Testamento, raíces hebreas del cristianismo, los judíos en el Nuevo Testamento, la liturgia, etc. (VII. Conclusión).

<sup>25</sup> El *CEC* facilita la exploración de las temáticas fundamentales presentes en el texto ya sea mediante el índice analítico situado al final del volumen, como también por medio de las conexiones internas, resaltadas por la indicación -con numeración puesta al margen del texto- de los respectivos lugares paralelos. Para resaltar los *loci theologici*

### *El hebreo Jesús de Nazaret*

A propósito de la segunda parte del *Credo* -«Creo en Jesucristo, Hijo unigénito de Dios»- en el *CEC* encontramos una expresión que está haciendo referencia intencionadamente a la ya célebre frase de las *Notas* (III, 1: «Jesús es hebreo y lo es para siempre»): «Nosotros creemos y profesamos que Jesús de Nazaret, nacido judío de una hija de Israel, en Belén en el tiempo del rey Herodes el Grande y del emperador César Augusto; de oficio carpintero, muerto crucificado en Jerusalén, bajo el procurador Poncio Pilato, durante el reinado del emperador Tiberio, es el Hijo eterno de Dios hecho hombre» (n. 423).

El Hijo de Dios, por tanto, no se ha hecho hombre abstractamente, como en la interpretación gnóstica, sino que se ha encarnado históricamente como hebreo, nacido de una hija de Israel, María, en Belén de Judá, amó a los suyos hasta el extremo: la muerte por crucifixión en Jerusalén. Así pues, en el marco de la universalidad de entonces, el Hijo se ha vinculado contingentemente a un pueblo, en una tierra precisa (y olvidada), asumiendo no sólo una carne, sino también una cultura y una Ley particulares (la *Torah* de Israel), de tal modo que «Jesús compartió, durante la mayor parte de su vida, la condición de la inmensa mayoría de los hombres: una vida cotidiana sin aparente importancia, vida de trabajo manual, vida religiosa judía sometida a la ley de Dios (cf. Ga 4,4), vida en la comunidad» (n. 531).

En efecto, no es secundaria, ni meramente folklórica, esta insistencia del *CEC*: quiere rebatir la siempre recurrente insidia gnóstica, remachando que la economía de la salvación -concentrada en la encarnación del Verbo- asume los límites reales y definitivos del hebreo Jesús de Nazaret, cuya historia hebrea trae la salvación a todos los hombres. De aquí la atención permanente de la catequesis para mantener toda la propuesta de fe dentro de estas coordenadas, bajo pena de graves malentendidos, no sólo en el ámbito cristológico, sino también en el acontecimiento cristiano global.

---

concernientes a nuestra temática, analizaremos tanto las citas de los términos fundamentales «Judíos/Judaísmo», como de los inmediatamente afines, como Abbá, Abraham, Ceguera, Cumplimiento, Cordero, Alianza, Amen, Apóstoles, Armonía de los dos Testamentos, Acimos, Bendición, Biblia, Iglesia (origen/apostólico), Circuncisión, Mandamiento, Cumplimiento, etc.

### *Los discípulos judíos de Jesús*

Ante el tópico, todavía difundido entre los cristianos, según el cual «los judíos han rechazado al Mesías», la reacción del *CEC* no deja dudas: «Numerosos judíos e incluso ciertos paganos que compartían su esperanza reconocieron en Jesús los rasgos fundamentales del mesiánico «hijo de David», prometido por Dios a Israel» (n. 439). Indicación fecunda para una catequesis sensible al hecho de que si hoy nosotros llegamos a la fe cristiana es porque numerosos judíos, en tiempos de Jesús, se convirtieron en discípulos suyos y transmitieron la Buena Noticia a los paganos. Si nosotros, gentiles, somos creyentes en Jesús, es porque la Iglesia apostólica (¡los «doce» eran todos judíos!) ha abierto los brazos para acoger en su seno también a aquellos que provenían del paganismo.

Significativo resulta al respecto lo que se dice en el *CEC* sobre la Epifanía de Jesús, uno de los misterios de la infancia del Señor: «Esta celebra la adoración de Jesús por unos «magos» venidos de Oriente. En estos «magos», representantes de religiones paganas de pueblos vecinos, el Evangelio ve las primicias de las naciones que acogen, por la Encarnación, la Buena Nueva de la salvación. La llegada de los magos a Jerusalén para «rendir homenaje al rey de los judíos» (Mt 2,2), muestra que buscan en Israel, a la luz mesiánica de la estrella de David, al que será el rey de las naciones. Su venida significa que los paganos no pueden reconocer a Jesús y adorarlo como Hijo de Dios y Salvador del mundo sino volviéndose a los judíos y recibiendo de ellos su promesa mesiánica tal como está contenida en el Antiguo Testamento. La Epifanía manifiesta que «la multitud de los gentiles entra en la familia de los patriarcas» y adquiere la «israelita dignitas» (n. 528). Estas afirmaciones, que representan un dato pacíficamente obtenible de las fuentes neotestamentarias, sin embargo, son todavía ampliamente extrañas para una gran parte de los cristianos. El hecho de que la nueva *summa* catequética se comprometa en hacerlas presentes, y con tanta insistencia, demuestra la atención de la Iglesia católica a las raíces de su identidad y, al mismo tiempo, denuncia la mala fe o la ingenuidad de ciertas teologías, espiritualidades y catequesis «sustitucionistas», marcionitas o filonómicas de otros tiempos.

### *Jesús y los fariseos*

Uno de los aspectos que más han ocupado las declaraciones vaticanas, desde el Concilio en adelante, ha sido el de aclarar las relaciones de Jesús con los fariseos de su tiempo, considerando hasta qué punto ese problema ha fomentado a lo largo de los siglos comportamientos y actitudes claramente ofensivos para los judíos, por ejemplo usando los términos «farisaico/fariseísmo» como sinónimos de «hipócrita/falso»<sup>26</sup>. Acerca de este tema merece ser citado el n. 575: «Ciertamente las relaciones de Jesús con los fariseos no fueron exclusivamente polémicas. Hubo fariseos que le pusieron en guardia en orden al peligro que corría. Jesús alaba a algunos de ellos, como el escriba de

<sup>26</sup> La última prueba, en orden de tiempo, nos viene del nuevo *Vocabulario italiano*, realizado por A. DE FELICE y A. DURO (Turín - Palermo, SEI - Palumbo, 1993), a los términos recriminados, mientras históricamente se reconoce que el fariseísmo es una de las corrientes espirituales más nobles y rigurosas en tiempos de Jesús; la única, de hecho, que ha sobrevivido a la destrucción romana del Templo (70 d. C.). Esta corriente religiosa no sólo ha regido la configuración del judaísmo rabínico, con la redacción de la *Mishnah* y del *Talmud*, sino que también y sobre todo, en ella se reconocen la mayor parte de los judíos actuales observantes.

Mc. 12, 34, y come varias veces en casa de fariseos. Jesús confirma doctrinas compartidas por esta élite religiosa del pueblo de Dios: la resurrección de los muertos, las formas de piedad (limosna, oración y ayuno) y la costumbre de dirigirse a Dios como Padre, la centralidad del mandamiento del amor a Dios y al prójimo».

Ciertamente la relación entre *Jesús e Israel* (es el título del apartado del que está tomada la cita precedente) es un tema complejo -baste pensar en la relación entre Jesús y la Ley, o entre Jesús y el Templo- y requeriría otro tratado aparte. Bástenos aquí poner de relieve el absurdo de sostener aún ideas abiertamente contrarias a la verdad histórica, que acaban por distorsionar el contenido mismo de la acción catequética. La preocupación por realizar las necesarias correcciones de rumbo en este campo, manifestada especialmente en las *Notas* de 1985<sup>27</sup>, está claramente recogida en el *CEC*, casi retomando a la letra las principales expresiones de las *Notas*. Así, por ejemplo, allí donde de ordinario y polémicamente son acusados «los fariseos» sin más, el nuevo compendio de la doctrina católica escribe más exactamente, a propósito de las controversias entre Jesús y los fariseos: «*algunos fariseos...*» (n. 574), «*aquellos de entre los fariseos*» (n. 588), y recuerda -citando Hechos 15,5- que «*algunos de la secta de los fariseos habían llegado a ser creyentes*» (n. 595).

### ***Responsabilidad de la muerte de Jesús***

Si delicado es el capítulo sobre los fariseos, más controvertido aún resulta -de siempre- el de la responsabilidad de los judíos en la condena a muerte de Jesús. Pero ya *NAe* (n.4) y *Orientaciones* (n. III) habían intervenido disculpando a «los judíos» de la difamatoria acusación de deicidio, mientras en *Notas* (IV, 2) leemos: «El Catecismo del Concilio de Trento enseña que los cristianos pecadores son más culpables de la muerte de Cristo, que algunos de los judíos que tomaron parte en ella: estos últimos, en efecto, «no sabían lo que hacían» (Luc. 23,24), mientras que nosotros lo sabemos, y hasta demasiado bien (pars I, cap. V, q. XI)».

El nuevo *CEC*, citando explícitamente lo mejor de los textos precedentes, no deja ya dudas al respecto: «Teniendo en cuenta la complejidad histórica del proceso de Jesús, expresada en las narraciones evangélicas, y cual pueda ser el pecado personal de los protagonistas del proceso (Judas, el Sanedrín, Pilato), que sólo Dios conoce, no se puede atribuir la responsabilidad de ése, al conjunto de los judíos de Jerusalén, a pesar de los gritos de una masa manipulada y de las acusaciones colectivas, contenidas en las llamadas a la conversión, después de Pentecostés. El mismo Jesús perdonando en la cruz, y Pedro siguiendo su ejemplo, han reconocido la «ignorancia» (He. 3,17) de los judíos de Jerusalén e incluso la de sus jefes. Todavía menos se puede extender la responsabilidad a los demás judíos, en el tiempo y en el espacio, basándose en el grito del pueblo: «Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos» (Mt 27,25), que es una fórmula de ratificación. La Iglesia, en el Concilio Vaticano II, declaró muy bien: «Todo lo que se cometió durante la Pasión no puede ser imputado ni indistintamente a todos los judíos que vivían entonces, ni a los judíos de nuestro tiempo [...]. Los judíos no deben ser presentados ni como rechazados por Dios, ni como malditos, como si

---

<sup>27</sup> Donde, entre otras cosas, se dice: «Sus relaciones con los fariseos no fueron ni siempre ni del todo polémicas, como lo demuestran numerosos ejemplos. [...] Hay que observar que los fariseos no son mencionados en las narraciones de la pasión. [...] Una presentación sólo negativa de los fariseos corre el riesgo de ser inexacta e injusta» (III, 5-8).

eso se derivase de la Sagrada Escritura (NAe 4)» (n. 597). «La Iglesia en el magisterio de su fe y en el testimonio de sus santos, no ha olvidado nunca que «cada pecador, individualmente, es realmente causa e instrumento de los [...] sufrimientos del divino Redentor» (*Catecismo Romano* I, 5, II). Teniendo en cuenta el hecho de que nuestros pecados ofenden a Cristo mismo, la Iglesia no duda en imputar a los cristianos la responsabilidad más grave en el suplicio de Jesús, responsabilidad que, con demasiada frecuencia, han hecho recaer únicamente sobre los judíos» (n. 598).

### *El endurecimiento de los judíos «para la salvación» de los gentiles*

También «el endurecimiento de una parte de Israel» (Rom. 11,25) con respecto a Jesús -que implica un retraso en la venida gloriosa del Mesías, condicionada al reconocimiento de «todo». 11,26; Mt. 23,39)- es interpretado por el *CEC* a la luz de los testimonios de Pedro (He. 3, 19-21) y sobre todo de Pablo, intentando penetrar en el misterioso plan divino: «Si su reprobación ha sido la reconciliación del mundo ¿qué será su readmisión sino una resurrección de entre los muertos?» (Rom. 11,15). La entrada de la «plenitud de los judíos» (Rom. 11,12) en la salvación mesiánica, a continuación de «la plenitud de los gentiles» (Rom 11,25), hará al pueblo de Dios «llegar a la plenitud de Cristo» (Ef. 4,13) en la cual «Dios será todo en nosotros» (n. 674).

Notemos que en este punto del *CEC* se habla de los judíos todavía como del *actual* Pueblo de Dios, no suplantado por la Iglesia, «nuevo» Pueblo de Dios! Evidentemente aquí se llega al corazón de la eclesiología, con la delicada, pero innegable relación de continuidad y desarrollo -en el «cumplimiento» se dice- entre los dos pueblos, fusionados en la antigua y nueva alianza. El *CEC* no evita la cuestión, sino que sugestivamente prosigue, a la luz de Rom. 11, 13-26: «La Iglesia es labranza o campo de Dios. En este campo crece el antiguo olivo, cuya raíz santa fueron los patriarcas, y en el que tuvo y tendrá lugar la reconciliación de los judíos y de los gentiles» (n. 755). Nótese bien: la reconciliación «tuvo lugar», en Cristo y en la Iglesia naciente, tanto *ex circumcissione* como *ex gentibus*<sup>28</sup>; pero el *CEC* dice también que esa «tendrá lugar» según los misteriosos designios de Dios.

Una variante de la misma cuestión la encontramos al principio del *CEC*, cuando se afronta el tema de la «Revelación de Dios», de sus distintas «etapas» y del modo en el que Dios forma a Israel como su pueblo, en el horizonte de una alianza que permanece indefectible: «Israel es [observad el tiempo del verbo en presente!] el pueblo sacerdotal de Dios, el que «lleva el Nombre del Señor» (Dt 28, 10). Es el pueblo de aquellos «a quienes Dios habló primero» (*Misal Romano*, Viernes Santo: Oración universal VI), el pueblo de los «hermanos mayores» en la fe de Abraham» (n. 63). «Por los profetas, Dios forma a su pueblo en la esperanza de la salvación, en la espera de una alianza nueva y eterna destinada a todos los hombres y que será grabada en los corazones. Los profetas anuncian una redención radical del Pueblo de Dios, la purificación de todas sus infidelidades, una salvación que incluirá a todas las naciones» (n. 64). También en el apartado dedicado a la «Iglesia-Pueblo de Dios», el n. 781 está íntegramente constituido por retazos de la *Lumen gentium* (n. 9), que recuerda que «(Dios) quiso santificar y salvar a los hombres no aislados,

<sup>28</sup> *Ex circumcissione* se refiere a los procedentes del judaísmo; *ex gentibus* se refiere a los procedentes del mundo pagano. Unos y otros componen la Iglesia naciente.

sin conexión entre sí, sino hacer de ellos un pueblo para que le conociera de verdad y le sirviera con una vida santa. Eligió, pues, a Israel para pueblo suyo, hizo una alianza con él y lo fue educando poco a poco».

En resumen, de estas pocas alusiones -hay algunas más en el *CEC*- resulta evidente la dinámica pueblo/naciones, Israel/todos los hombres, particular/universal, que es propia de la *real* «historia de la salvación». Esta pasa a través de la elección de *uno* para la salvación de *todos*, y esto vale también después de la revelación neotestamentaria («La unidad del cuerpo no ha abolido la diversidad de los miembros»: *CEC*, n. 791). Como resulta también evidente la continuidad, dentro de un desarrollo, de la única alianza, bajo pena de alteración de esa revelación salvífica que, para ser auténtica, debe ser judío-cristiana<sup>29</sup>. En el judío Jesús, en efecto, «todas las promesas hechas por Dios han tenido su «sí» en él» (2ªCor 1, 20)» y en Cristo resucitado, «el *Amen* definitivo del amor del Padre», alcanza «su plenitud también nuestro *Amen*» (n. 1065).

### ***La relación de la Iglesia con el pueblo judío***

---

<sup>29</sup> Cfr N. LOHFINK, *L' alleanza mai revocata. Riflessioni esegetiche per il dialogo tra cristiani ed ebrei*, Brescia, Queriniana, 1991, con el debate consiguiente en las revistas especializadas.

«La Iglesia y los no cristianos» es el título del n. 839 ss. del *CEC*, donde -citando *Lumen gentium*, n. 16: «Los que todavía no han recibido el Evangelio, están orientados al Pueblo de Dios de diversas maneras» -se trata del *actual* pueblo judío *no* discípulo de Jesús (tal vez para recordarnos que existe un «pueblo judío» que sigue a Jesús: por ejemplo la actual Iglesia católica, de lengua hebrea, en Israel)<sup>30</sup>. Siguen el n. 841, dedicado a las relaciones con los musulmanes, y el n. 842 ss., concerniente a las otras grandes religiones.

Del mismo modo que *NAe* 4 había situado a la religión judía, por razón de los bien conocidos vericuetos redaccionales, entre las religiones *no cristianas*<sup>31</sup>, también el *CEC*, siguiendo esa pauta, pone «la relación de la Iglesia con el pueblo judío» en la parte titulada «La Iglesia y los no cristianos». El punto del *CEC* que examinamos no pretende pasar por alto la cuestión, y observa que precisamente escrutando el misterio de la Iglesia *en su interior* es cuando se ve su íntima relación con el pueblo judío.

Es notorio que se reclame la atención de los cristianos sobre estos (no pocos ni secundarios) aspectos: «La Iglesia, Pueblo de Dios en la Nueva Alianza, al escrutar su propio misterio, descubre su vinculación con los judíos, a quien Dios «ha hablado primero» (MR, viernes santo 13: oración universal VI). A diferencia de otras religiones no cristianas, la fe judía ya es una respuesta a la revelación de Dios en la Antigua Alianza. Pertenece al pueblo judío «la adopción filial, la gloria, las alianzas, la legislación, el culto, las promesas y los patriarcas; de todo lo cual procede Cristo según la carne» (Rom. 9, 4-5) porque «los dones y la vocación de Dios son irrevocables!» (Rom. 11, 29)» (n. 839). «Por otra parte, cuando se considera el futuro, el Pueblo de Dios de la Antigua Alianza y el nuevo Pueblo de Dios tienden hacia fines análogos: la espera de la venida (o el retorno) del Mesías; pues para unos, es la espera de la vuelta del Mesías, muerto y resucitado, reconocido como Señor e

---

<sup>30</sup> Cfr F. ROSSI DE GASPERIS, «Un nuovo giudeo-cristianesimo e la sua possibile rilevanza ecclesiale», en *Cristianesimo nella storia* 12 (1991) 119-162.

<sup>31</sup> Para la costosa elaboración de este texto conciliar, en general, y para esta colocación en particular cfr B. HUSSAR, «Genesi storica della Dichiarazione conciliare *Nae*» y «La religione giudaica», en *Le religioni non cristiane nel Vaticano II*, Leumann (TO), LDC, 1967, 9-46 y 199-293; ID., *Quando la nube si alzava... L'uomo dalle quattro identità*, Casale Monferrato (AL), Marietti, 1983, 96-107; mientras que la perdurable vitalidad de *NAe* está bien resaltada en el cuaderno monográfico de *Ambrosius*, 1991, n. 6, con las valoraciones del judío N. Ben Chorin (pp. 529-542) y del católico P. F. Fumagalli (pp. 543-550). De este último cfr también «Chiesa e popolo ebraico 25 anni dopo il Concilio Vaticano II», en *Rassegna di Teologia* 32 (1991) 369-388.

Hijo de Dios; para los otros, es la venida del Mesías cuyos rasgos permanecen velados hasta el fin de los tiempos, espera que está acompañada del drama de la ignorancia o del rechazo de Cristo Jesús» (n. 840).

Finalmente, merece la pena preguntarse por qué en el n. 839, que sin embargo adopta el estipendio *incipit* de *NAe* 4<sup>32</sup>, se introduce un pequeño, pero significativo, cambio de vocabulario: allí donde, en el documento conciliar, se hablaba de «estirpe de Abraham», aquí se dice simplemente «los judíos». ¿Quizá para evitar todo posible malentendido, de que no se trata de la *antigua* estirpe de Abraham, sino de los judíos *actuales*, todavía elegidos «los primeros entre todos los hombres para acoger Su Palabra»? Se retoma, además, (aunque no se cita) el acento escatológico ya presente en las *Notas* de 1985 (II, 10), gracias al cual cristianos y judíos descubren que tienden hacia «fines análogos», la venida/retorno del Mesías (punto en el que actualmente «el Pueblo de Dios está ahora dividido») se convierte en punto de convergencia y experiencia ya de comunión.

### ***El uno y el otro Testamento***

Ya las *Notas* de 1985 dedicaron su segundo capítulo a las «Relaciones entre el Antiguo y el Nuevo Testamento», intentando explicar «la unidad de la revelación bíblica y del designio divino», recomendando «evitar todo paso del Antiguo al Nuevo Testamento que fuese exclusivamente una ruptura», recordando que «el mismo Nuevo Testamento requiere ser leído a la luz del Antiguo Testamento». Finalmente, teniendo presente el hecho de que «la tipología suscita en muchos una sensación de malestar, que es tal vez el comienzo de un problema no resuelto», sugerían cual debería ser su uso legítimo y correcto.

---

<sup>32</sup> Fruto de la lucidez espiritual del card. G. Lercaro, según la afirmación de G. DOSSETTI, «Vaticano II: quale ricezione», en *Il Regno-documenti* 36 (1991) 694 ss.

También sobre este punto el nuevo *CEC* expresa una posición al amparo de enseñanzas erróneas, como se desprende de los siguientes pasajes: «El Antiguo Testamento es una parte de la Sagrada Escritura de la que no se puede prescindir. Sus libros son divinamente inspirados y conservan un valor permanente, ya que la Antigua Alianza no ha sido nunca revocada» (n. 121)<sup>33</sup>. «Los cristianos veneran el Antiguo Testamento como verdadera Palabra de Dios. La Iglesia ha rechazado siempre vigorosamente la idea de prescindir del Antiguo Testamento so pretexto de que el Nuevo lo habría hecho caduco (marcionismo)» (n. 123). «Los cristianos [...] leen el Antiguo Testamento a la luz de Cristo muerto y resucitado. Esta lectura tipológica manifiesta el contenido inagotable del Antiguo Testamento. Ella no debe hacer olvidar que el Antiguo Testamento conserva su valor propio de Revelación, que nuestro Señor mismo reafirmó. Por tanto, el Nuevo Testamento exige ser leído también a la luz del Antiguo. La catequesis cristiana primitiva recurrirá constantemente a él. Según un viejo adagio, el Nuevo Testamento está escondido en el Antiguo, mientras que el Antiguo se hace manifiesto en el Nuevo: «Novum in Vetere latet et in Novo Vetus patet» (n. 129).

«Sobre esta armonía de los dos Testamentos se articula la catequesis pascual del Señor (cfr Lc. 24, 13-49) y luego la de los Apóstoles y de los Padres de la Iglesia. Esa catequesis pone de manifiesto lo que permanecía oculto bajo la letra del Antiguo Testamento: el misterio de Cristo. Es llamada catequesis «tipológica», porque revela la novedad de Cristo a partir de «figuras» (tipos) que la anunciaban en los hechos, en las palabras y en los símbolos de la primera Alianza. Por esta relectura en el Espíritu de Verdad a partir de Cristo, las figuras son explicadas» (n. 1094)<sup>34</sup>. «La

---

<sup>33</sup> Nótese que en este pasaje, aunque no se dice, está recogida una famosa frase pronunciada por Juan Pablo II en 1980 en Maguncia (Alemania), ante un público judío presente con carácter oficial: «La primera dimensión de este diálogo, es decir el encuentro entre el Pueblo de Dios de la *antigua pero nunca revocada alianza* (cfr Rom. 11,29) y el de la nueva alianza, es al mismo tiempo un diálogo interno en nuestra Iglesia, diría casi *un diálogo entre la primera y la segunda parte de su Biblia*» (cita tomada de N.LOHFINK, *L'alleanza mai revocata. Riflessioni esegetiche per il dialogo tra cristiani ed ebrei*, cit., 9; el subrayado es nuestro). Aprovechamos la ocasión para subrayar, a propósito de la alianza, un detalle que nos ha sorprendido. El *CEC*, precisamente en las primeras páginas («II. Las etapas de la revelación»), habla de las distintas ofertas de la alianza divina: la alianza con Noé (nn. 56-58), la alianza con Abraham (nn. 59-61), la alianza del Sinaí por medio de Moisés (nn. 62-64) y finalmente la Alianza Nueva y definitiva sellada en el Hijo, Jesucristo (nn. 65-67). Excepto las *dos últimas*, respecto de las cuales se dice explícitamente, de la primera que «no ha sido nunca revocada» (n. 121) y de la otra que «nunca pasará» (n. 66), no se entiende cuales sean los estatutos y la validez histórica de las *dos primeras*. Choca, efectivamente, la discordancia, por ejemplo con respecto a la alianza con Noé, entre lo que se dice en el n. 58 -«La alianza con Noé permanece en vigor mientras dure el tiempo de las naciones, *hasta la proclamación universal del Evangelio*»- y lo que se afirma «en síntesis» en el n. 71: «Dios selló con Noé una alianza eterna entre El y todos los seres vivientes. Esta alianza *durará tanto como dure el mundo*». Tal vez aquí el tema de la alianza habría que articularlo mejor: cfr todo lo sugerido, a este respecto, en el reciente artículo de F. ROSSI DE GASPERIS, «La permanenza di Israele. Meditazione tra Gerusalemme e Roma», en A.ALBERIGO - G. ALBERIGO (edd.), «*Con tutte le forze*». *I nodi della fede cristiana oggi*, Genova, Marietti, 1993, 223-267.

<sup>34</sup> F. Rossi de Gasperis, observando como la tipología -todavía antes de ser una «solución» cristiana- era un método típico del conocimiento judaico de la fe, afirma: «La tipología para un cristiano, *como para un judío*, se basa sobre la fe en el Señor nuestro Dios, que es *uno*. Su unidad unifica y pone en relación recíproca todos los acontecimientos de la historia de la alianza, a través de los cuales él ha intervenido y actúa en la historia de los hombres (cfr Heb. 1, 1-2). Por consiguiente, *uno* es también el libro que hace memoria de esta alianza y transmite la conciencia de ella; y *una* es la experiencia de fe que, en cada creyente, ritualiza esa historia, releyendo la memoria de ella» (F. ROSSI DE GASPERIS, «Lettura ebraica e lettura cristiana nell'Antico Testamento», en *Ebrei ed ebraismo nel Nuovo Testamento*, vol. I, Roma, Ed. Dehoniane, 1989, 59).

tipología significa un dinamismo que se orienta al cumplimiento del plan divino, cuando «Dios sea todo en todos» (1ª Cor. 15,28). Así la vocación de los patriarcas y el éxodo de Egipto, por ejemplo, no pierden su valor propio en el plan de Dios por el hecho de ser al mismo tiempo etapas intermedias» (n. 130).

### *Liturgia judía y liturgia cristiana*

«La fe y la vida del pueblo judío, tal y como son profesadas y vividas todavía hoy, pueden ayudar a comprender mejor algunos aspectos de la vida de la Iglesia. Es el caso de la liturgia». Estas palabras de Juan Pablo II, recogidas en el cap. V de las *Notas*, expresan muy bien el sentido del n. 1096 del *CEC* que, sintéticamente, quiere resaltar la importancia y lo fascinante del encuentro entre judíos y cristianos en el campo litúrgico: «Un mejor conocimiento de la fe y de la vida religiosa del pueblo judío, tal como son profesadas y vividas aún hoy, puede ayudar a comprender mejor ciertos aspectos de la Liturgia cristiana. Para los judíos y para los cristianos la Sagrada Escritura es una parte esencial de sus respectivas liturgias: para la proclamación de la Palabra de Dios, la respuesta a esta Palabra, la oración de alabanza y de intercesión por los vivos y los difuntos, el recurso a la misericordia divina. La liturgia de la Palabra, en su estructura propia, tiene su origen en la oración judía. La oración de las Horas y otros textos y formularios litúrgicos tienen sus paralelos también en ella, igual que las mismas fórmulas de nuestras oraciones más venerables, por ejemplo el Padre Nuestro. Las plegarias eucarísticas se inspiran también en modelos de la tradición judía. La relación entre liturgia judía y liturgia cristiana, pero también la diferencia de sus contenidos, son particularmente visibles en las grandes fiestas del año litúrgico como la Pascua. Los cristianos y los judíos celebran la Pascua: Pascua de la historia, orientada hacia el porvenir en los judíos; Pascua realizada en la muerte y la resurrección de Cristo en los cristianos, aunque siempre en espera de la consumación definitiva».

---

No es casualidad que el nuevo *CEC* -y la renovada catequesis impulsada por él- valore como nunca hasta ahora el hecho de que los signos sacramentales esenciales del cristianismo (el bautismo [n. 1226] y la Eucaristía [nn. 1328 ss., 1334, 1340]) no solamente fueron queridos y celebrados por Jesús de modo judío, sino que del mismo modo judío fueron vividos y estructurados por la primerísima comunidad apostólica judeo-cristiana y, gracias a ella, fueron transmitidos en cuanto tales a toda la Iglesia, llegando hasta nosotros que, por desgracia, hemos olvidado su fuente<sup>35</sup>. Por ejemplo, el domingo cristiano -aún distinguiéndose netamente del sábado judío- es iluminado por éste como fiesta semanal que anuncia y prefigura el descanso eterno del hombre en Dios (n. 2175). Análogamente, las oraciones de Moisés y de los Profetas, la angustia de Job o la sabiduría de los *Proverbios*, el desencanto del *Qohelet* o el Salterio, «obra maestra de la oración del Antiguo Testamento» (n. 2596) brotan desde siempre florecen en los labios de los cristianos. Y así como desde siempre nutren a nuestros «hermanos mayores» -de los cuales Jesús y la Iglesia primitiva son, a la vez, fruto y cumplimiento pleno- del mismo modo para siempre tales oraciones animarán la vida de fe, esperanza y caridad de ellos y nuestra, teniendo presente que todos venimos del único Padre y

---

<sup>35</sup> Para decirlo con palabras de un liturgista sensible al problema: «Los liturgistas tendrán que convencerse cada vez más de la necesidad de remontarse a las raíces veterotestamentarias de la liturgia cristiana, y sobre todo del hecho de que a esas raíces no se puede llegar si no es a través de una *observación atenta y amorosa de la liturgia judía*. Es hora de renunciar a mirar la liturgia cristiana como una flor surgida de repente (ni se sabe cómo!) en ambiente exclusivamente neotestamentario, todo lo más sobre las ruínas del helenismo. La oración cristiana es más bien una planta maravillosa, crecida, madurada y finalmente florecida de las raíces fecundas de la oración veterotestamentaria y, no lo olvidemos, de esa particular evolución y prolongación de ella, que es la oración judía. [...] El liturgista cristiano deberá además habituarse a no considerar ya *el conocimiento de los libros sagrados del judaísmo* como asignación exclusiva del judeísta de profesión. Más aún deberá profundizar lo más posible en esos conocimientos que le permitirán familiarizarse cada vez mejor, por un lado con los rituales de la liturgia judía, y por otro, con todo el *corpus* jurídico-litúrgico que ellos presuponen. De ese modo se encontrará entre las manos, cada vez más frecuentemente, aquella *Mishna*, de la cual el emperador Justiniano en el 553 prohibía su lectura a los mismos judíos, y aquel *Talmud* que durante siglos la autoridad cristiana mandaba obstinadamente a la hoguera. Ciertamente tenemos que reconocer que entonces los tiempos eran distintos. Pero tenemos que reconocer que, por fortuna, han cambiado!» (C. GIRAUDO, «Conoscere la liturgia giudaica per comprendere la liturgia cristiana», en *La rivista del clero italiano* 66 [1985] 134 ss.) Cfr también ID., *Eucaristia per la Chiesa*, Roma - Brescia, PUG - Morcelliana, 1989.

tendemos al mismo Reino, cuyos «fundamentos están sobre los montes santos de Sión [...]. Todos han nacido allí», como recita el Salmo 87 (vv. 1 y 4): también Jesús de Nazaret, María, los Apóstoles y la Iglesia de Jerusalén. Debemos, por tanto, leer en su *sensus plenior* las afirmaciones del n. 2597: «Rezándolos en referencia a Cristo y viendo su cumplimiento en El, los Salmos son elemento esencial y permanente de la oración de su Iglesia». He aquí una conquista no pequeña del nuevo *CEC*, que ahora hay que desarrollar plenamente, mediante una catequesis sobre su sentido y con intentos igualmente «pleniores».

### ***Hacia una conclusión abierta***

Al final de esta reseña, aunque sea fugaz, podemos considerar al nuevo *CEC*, pensado como «texto de referencia para una catequesis renovada en las fuentes vivas de la fe»<sup>36</sup>, como correcto y actualizado en el tema de la relación entre judíos y cristianos, sobre todo si recordamos las posturas dominantes hasta el Vaticano II, y todavía en los manuales catequísticos de hace algunos años. Si en algunos puntos hubiéramos deseado mayor claridad<sup>37</sup>, consideramos no obstante, poder sostener que la herencia de *NAe 4* y de las sucesivos *Orientaciones* (1974) y *Notas* (1985) ha sido recogida y ulteriormente ampliada, incluso con alguna originalidad.

También en este sentido podemos decir que el *CEC* es fruto del giro conciliar, y los ocho puntos arriba examinados, aunque no supongan novedades doctrinales, resultan bastante inéditos para un catecismo/compendio de la doctrina cristiana. Eso basta para confirmar tanto la evolución teológico-pastoral que ha tenido lugar, también en ese ámbito, en el postconcilio, como el nuevo clima que se respira hoy en la Iglesia romana a propósito de los judíos y del judaísmo. Esto no significa que el nuevo *CEC* sea un punto de llegada, que no admita ulteriores perfeccionamientos; La verdad es justamente lo contrario. Precisamente como fruto de cuanto el Espíritu dice *hoy* a la Iglesia, el catecismo requiere ahora, y por parte de todos, un suplemento de compromiso para completar el camino y ampliar los nuevos horizontes entrevistos.

Por eso, lo que ahora deseamos es que las indicaciones del *CEC* sean asimiladas por los educadores de la fe, de manera que también en la praxis catequética tenga lugar ese salto cualitativo esbozado sobre el papel y salga «esa obra de renovación de la entera vida eclesial, querida y comenzada por el Vaticano II» (*CEC*, p. 11) también en las relaciones con los judíos.

---

<sup>36</sup> Así Juan Pablo II, en la constitución apostólica *Fidei depositum*, puesta al principio del nuevo *CEC*, precisa también el valor doctrinal de este texto: «Yo le reconozco como un instrumento válido y legítimo al servicio de la comunión eclesial, y como una norma segura para la enseñanza de la fe. Que pueda servir a la renovación a la que el Espíritu Santo llama incesantemente a la Iglesia de Dios, Cuerpo de Cristo, peregrina hacia la luz sin sombras del Reino! [...] Este Catecismo les viene dado [a los Pastores de la Iglesia] para que sirva como texto de referencia seguro y auténtico para la enseñanza de la doctrina católica, y de modo particular para la elaboración de los Catecismos locales».

<sup>37</sup> Evidentemente no debe haber sido fácil ni pacífico componer las diversas aportaciones -que reflejaban diversas posturas teológicas sobre los distintos aspectos- en el cuadro de conjunto del *CEC*, recordando también las nueve redacciones que precedieron a la redacción definitiva. Al concluir estas notas quisiéramos agradecer las ayudas prestadas en la presente investigación, a C. Geroldi, estudiante jesuíta de la Facultad Teológica de Italia Meridional (Sección de San Luis, Nápoles) y licenciado con una tesis sobre el rabino E. Berfamozeg (un maestro del judaísmo italiano).